Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII — San José, Costa Rica — **1931** — Sábado 10 de Enero — Núm. 2

Año XII. No. 522

SUMARIO



Viejos

Fué hecho por *José Ma. Osma* interpretando pensamientos de *Azorín.*—MCMXV.

(Cortesía de *Fausto Coto Montero*).

Estos son unos viejos...

= De *Antonio Azorín*. Tomo III de las OBRAS COMPLETAS de Azorín. Caro Raggio: Editor. Madrid. =

Estos son unos viejos, muy viejos. Llevan un pantalón negro, un chaleco negro, una chaqueta negra de terciopelo. Esta chaqueta es muy corta. Ya casi no quedan en el pueblo más chaquetas cortas que las de estos viejos labriegos. Van encorvados un poco y se apoyan en cayados amarillos. ¿En qué piensan estos viejos? ¿Qué hacen estos viejos? Al anochecer salen a la huerta y se sientan sobre unas piedras blancas. Cuando se han sentado en las piedras permanecen un rato en silencio; luego, tal vez uno tose; otro levanta la mano y golpea con ella abierta la vuelta del cayado; otro apoya los brazos cruzados sobre el bastón e inclina la cabeza pensativo... Estos viejos han visto sucederse las generaciones; las casas que ellos vieron construír están ya viejas, como ellos. Y ellos salen a la huerta y se sientan en sus piedras blancas.

Va anocheciendo. El pueblo luce intensamente dorado por los resplandores del ocaso; las palmeras y los cipreses de los huertos se recortan sobre el azul pálido; la luna resalta blanca.

Y un viejo levanta la cabeza y dice:

—La luna está en creciente.

—El día diez y siete—observa otro—será la luna llena.

—A ver si llueve antes de la vendimia—replica un tercero—y la uva reverdece.

Y todos vuelven a callar.

Cierra la noche; un viento ligero mece las palmeras, que destacan en el cielo fuliginoso. Un viejo mira hacia Poniente. Este viejo está completamente afeitado, como todos; sus ojuelos son grises, blandos; en su cara afilada, los labios aparecen sumidos y le prestan un gesto de bondad picaresca. Este viejo es el más viejo de todos; cuando camina agachado sobre su palo lleva la mano izquierda puesta sobre la espalda. Mira hacia Poniente y dice:

—El año sesenta hizo un viento grande que derribó una palmera.

—Yo la ví—contesta otro—; cayó sobre la pared del huerto y abrió un boquete.

—Era una palmera muy alta.

—Sí, era una palmera muy alta.

Se hace otra larga pausa. Los murciélagos revuelan calladamente; brillan las luces en el pueblo. Entonces el viejo más viejo da dos golpes en el suelo con el cayado, y se levanta.

—¿Se marcha usted?

—Sí; ya es tarde.

—Entonces nos marcharemos todos.

Y todos se levantan de sus piedras blancas y se van al pueblo, un poco encorvados, silenciosos.

Persiflag...

La peste de los peritos

—Colaboración directa—

Para *Fernando González*, cuya amistad nos ha sido provechosa e inolvidable por no haber durado más que lo que un *Viaje a pie*.

Dejáis caer, acabada su lectura, el libro de Fernando González. Habéis recorrido, más que tierras, el alma de Colombia. El amigo comenzaba a fastidiaros; os cansaba; creíais imposible seguir un palmo más; pero en cuanto estuvisteis solos otra vez emprendisteis el camino de nuevo y os pusisteis a recorrer las tierras espirituales todas que conocías. ¿Cómo serán esos hombres venturosos que pueden recorrer tierras que les eran ignotas? Semejantes a dioses me parecen a mí «Yo hollé suelo jamás antes hollado por la planta del hombre», afirma alguien, y si os convence os hundís en admiración delante de él. No importa que el suelo de que hable sea de hielo y que a eso no le adivinéis ninguna utilidad. ¡Era hielo virgen! Y todavía no han dado en el clavo los psicólogos sobre por qué lo virgen nos fascina. La teoría económica es absurda, como tánto de lo que contiene o implica el marxismo. La virginidad de la mujer, nos dicen esos hombres poco sutiles, cobró precio debido a que la mujer—¡a quien hay que libertar! exclaman — era considerada y tratada como mercancía. Y no es así; nó podía ser así. La mitad de lo que dicen es verdad: la mujer ha sido, y sigue siendo, considerada como artículo de compraventa, pero no es esto la causa que hace valiosa su virginidad, sino que, *per contra*, es la virginidad lo que le dió valía y la hizo mercancía incomparable. De manera que volvemos, como casi siempre que de teorías marxistas se trata, al punto de partida de la discusión del problema: ¿por qué será que lo virgen—tierra o mujeres,—nos fascinan?

A la mujer virgen se le atribuye poderes mágicos. Un cabello de virgen es indispensable para muchos ritos de brujería. Aquí en Heredia tenemos una bruja de Escasú. Caí en tentación de consultar con ella la manera de salir, de viajar, de ver el mar y atravesarlo. Os diré el consejo que me dio, la receta infalible: me dijo la india que me empapara los pies, al acostarme, en orines de doncella. Si aún estaban tibios, el viaje sería por mar cálido; si enfriados, por mares de heladas aguas. ¡Qué mujer tan interesante esta bruja auténtica! No hay atracción, me dijo, como la de la luna en el mar y la del mar en la mujer. En la mujer doncella. Los hombres de ciencia, dice—«ustedes los maestros» fueron sus palabras textuales,—saben que hay atracción en la naturaleza. ¿Sabéis por qué? Decís: el fuego quema. De ahí no pasáis porque ignoráis por qué el fuego ha de quemar necesariamente. Si os alargáis hasta hablar de combustiones, llegáis a lo mismo de siempre: unas partículas, unos átomos, o protones y electrones, se atraen, se juntan, se integran, otros se repelen, y la fuerza de esa atracción y repulsión da el intenso calor. Quedamos en las mismas. ¿Por qué hay partículas que se atraen, y otras que se repelen? La ciencia empírica, mientras más adelanta, más se ve que es cosa de niños.

La bruja me ha dejado lleno de incontables cavilaciones y preocupaciones. Cavilación: ¿por qué atrae el sol el dardo de luz que nos lanzan las estrellas, y a mí unos ojos que vi de repente como en un sueño, no sé dónde, y que no he vuelto a ver jamás? Preocupación: ¿cómo diablos conseguir aguas filtradas por riñón de mujer intacta? Y tibios ¡tibios, que quiero surcar el Caribe y navegar el Mediterráneo!

He terminado la lectura del *Viaje a pie*—gracias a usted, don Joaquín García Monge, que quiso que leyese y comentara el libro en Repertorio—y libre ya del compañero de viaje, me he puesto a recorrer las tierras que conozco. Sólo las que conozco. *Terra ignota* no. Y me digo: el hombre no puede conocer lo desconocido. Lo conocido lo limita. Darle vueltas y vueltas a lo conocido, como ardilla en jaula giratoria, es cuanto hace sobre la tierra. Los dioses son los únicos que pueden hollar tierra no hollada antes. Platón decía que todo aprender es recordar. ¡Ay de mí! y yo que quiero viajar, y yo que quiero mujer doncella, la de los ojos inefables... ¡Platón, Platón! ¿y si ya no es doncella?

Por ahí se va a la locura. Estaba fumando un habano de los que para Navidad me enviaron un grupo de discípulos. Evidentemente, no sé fumar. Por no escupir me tragaba la saliva amarga. Es una inmundicia escupir la saliva del puro. Lo he visto hacer y siempre me ha dado náuseas. ¿Por qué no se tragan la saliva? me preguntaba. Ahora lo sé. La pregunta se ha convertido en ¿por qué fuman tabacos que hacen escupir? Es una pregunta que va al hondo de la vida misma. Lo que digo es que a mí me marean estos puros brujos de la Vega del Rey. ¿No pudieron mis muchachos y muchachas de la Escuela, al acordarse de mí, pensar en una pipa? La pipa es la amiga del viajero por mar. Yo me veo, pipa en boca, con el Baedeker bajo el brazo, de pie en la proa de un linero de la compañía Cunard, viendo de mañanita, al acercarnos al Pireo, relucir allá, tierra adentro, las ruinas gloriosas de la Acrópolis. El puro es para los yanquis millonarios cuando—así es en el cine—se juntan en reunión de directores de Banco para ver qué hacer con el empleado rebelde—en fin, ya lo sabéis: ¿no es *Cinelandia* la lectura favorita de la América Latina?

Para refrescarme salí a dar vueltas. Este parquecillo herediano está tristón. Se acaba el año. ¿Acaso no se acaba cada día? Ah, pero no nos damos cuenta de ello; no pensamos en ello. Ahora sí pensamos. El año se acaba. Todo se acaba. Darse cuenta de las cosas, y todo cambia. Fernando González tiene eso: se da cuenta. ¡Y lo que le irrita que sus compatriotas—oh mulatos de Colombia—no se den cuenta! Su libro es ingenioso y de mal genio. Y aun cuando tuviese la índole suave de Sócrates y de Jesús, como él se da cuenta, tarde o temprano los mulatos colombianos le darán cicuta o lo clavarán en una cruz. Y es natural.

Es natural porque no se ha adelantado en democracia mucho que digamos. La democracia es un orden de sociedad que resguarde de las violencias de los que no se dan cuenta a los que sí se dan. La democracia es un esfuerzo, bastante tardío pero sincero, para salvar a Sócrates de la ira virtuosa de Anyto y a Jesús de la rabia de los mulatos hijos de p... de Judea, que diría Fernando González. La democracia és la concreción del anhelo de que todos se den cuenta. ¡Y qué lejos está el mundo de ese ideal! En Colombia ni se percibe que exista. Ese es el jugo que se saca al exprimir el *Viaje a pie*.

En Colombia era de esperarse. Ya nos lo dijo el agudo y amplio y sereno Vizconde Bryce. Lo trágico es que ni en los países como el del Vizconde—la Gran Bretaña—y menos en los Estados Unidos, es posible aún la democracia. Allí a lo que se ha llegado es a la expertocracia, y nada podía ser tan distinto. En Colombia es el cura el experto. En la Gran Bretaña y en los Estados Unidos la diferencia es que el experto no viste sotana, ni dice misa. Pero es lo mismo. El *demos* no se da cuenta. El experto piensa por él y le dice qué hacer. Tiene el experto una infabilidad, en opinión general del *demos*, como ningún jesuita en Colombia. Y ahí estamos, sin que, de cualquier modo que lo veamos, ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos nos superen. Entre los mulatos anglosajones y los ídem colombianos, me quedo con éstos. ¡Y arre, mula!

Por eso dan ganas de llorar cuando vemos síntomas de la peste de los peritos en nuestros países. No hacia la democracia sino que como mulas arreadas a palabrotas vamos hacia la expertocracia. Primero son peritos yanquis quienes nos llegan—los Kemmerer, los Dodds, los Cumberland... ¡son legión!—y para librarnos de ellos lo único que se nos ocurre es formar peritos propios. La democracia nos va quedando cada vez más lejos. Dentro de cincuenta años, si aún no lo han muerto, Fernando González en su viaje a pie maldecirá a los peritos, los desnudará, ¡Y entonces sí que lo crucifican o le dan a beber cicuta! Los jesuitas son más suaves: sólo han llegado a declarar que es pecado leer su libro. Yo comencé su lectura creyendo hallar en él resabios del Aretino, y lo que encontré fué el sermón de Jesús antes de coger el látigo. Jesús debe de haber dicho, bolivariamente, dirigiéndose al Padre: «Ve, Papá, a estos carajos los saco yo del Templo!» Pero se han vuelto a meter, y como nadie experimenta en cabeza ajena, la coronada de espinas del Cristo no le ha servido de lección a Fernando.

Persiles

Heredia. Diciembre, 1930.

La desgracia de Santo Domingo

=De *El Tiempo*. Bogotá.=

Santo Domingo, la isla de la primera pisada de Colón, la adelantada hacia la primera carabela (1) ha sufrido catástrofe grande en su pequeño bulto. Un ciclón sobre la bandeja vegetal de la isla que si tiene montañas, no tiene cordillera vertical como la nuestra que la guarde; un ciclón echado de bruces sobre la donosura geográfica de esta Antilla, descalabro terrible en relación con la menuda capital y destrucción triste de ver y difícil de reparar.

La isla entera es linda, pareja con las otras Antillas. Las palmeras corren de costa a costa, con la maciza esbeltez, con el matronado elegante que es su manera vegetal; los plantíos lujosos y fáciles de bananero están por todas partes mostrando su luminosa jugosidad; los campos aparragados de café cubren la Vega Real y los ingenios de caña se regodean en las calientes humedades de que proveen por igual las sierras altas y el mar Caribe, "esa calentura líquida del planeta".

Estas patrias pequeñas del Mar Caribe, al igual de las centroamericanas, han logrado duramente su progreso, sus ciudades, sus industrias y el mismo huerto frutal que ellas son. Las grandes patrias del Sur han trabajado como con más grandes brazos en sus territorios desatados, con abundante concurrencia de ayudas extranjeras, y en su desarrollo rápido la riqueza puso las botas de siete leguas.

Las Antillas densas de población han llegado por su misma pequeñez a tener un suelo que parece humanizado "de ser todo él hollado de criatura"; por eso también conoce el antillano su territorio de la pulgada a la pulgada y por eso aún le mira la ruralidad y la urbanidad con la bonita idolatría que el japonés tiene puesta en su tierra. País pequeño se parece al patio de la casa: todo es nuestro por la perspectiva corta; el acrecentamiento que se le logra conmueve y la destrucción duele más, duele en el cuerpo.

Santo Domingo es tierra de nobles limos. Trabajó en ella Eugenio María de Hostos, el portorriqueño llamado por algunos el primer ensayista americano de su tiempo, el cual llevó enseñanza de isla a isla del Caribe y nos llegó después a Chile, donde hizo largo bien que no se le olvida aún; nos nacieron allí, de la buena poetisa Salomé Ureña, Pedro y Max Henríquez, dos maestros de primera agua, a los que debemos unos claros libros doctrinarios que se leyó la generación mía y que se lee la actual, lo que prueba su calidad; sin nacernos allí sino en la Cuba mayor José Martí miró siempre a Santo Domingo como a una segunda patria que le dio fuegos de comprensión y de un proselitismo bastante eficaz. Ha tenido Santo Domingo un grupo de patricios fundadores ayer, fundadores hoy, hombres de Estado, educadores y magistrados, que fecundaron y fecundan el pequeño país con una ancha sombra de ceibas morales, y de los cuales el último en el tiempo es don Federico Henríquez y Carvajal. A ellos se debe como a los Sarmiento, los Portales y los Núñez del Sur, un país civilísimo, del **civis** político y del **civis** social. Cuando los Estados Unidos llegaron a la costa dominicana con aquella bandera de barras y estrellas que a algunos les ablanda los huesos y les desarma como la fatalidad antigua que les cae encima, Santo Domingo resistió, Santo Domingo rechazó y Santo Domingo discutió hasta hacerse oír, y los barcos deshicieron camino. Viendo a un débil levantar queja varonil y parar la avalancha marinera, los que desde el sur atendemos hacia el norte, tuvimos un suspiro de alivio y un buen brillo de esperanza en los pobres ojos. "Lo que es el norte será el sur", según la frase de los totalistas racionales, y esta vez el norte se había escurrido de la mano pescadora con una agilidad de trucha aceitada.



Jarrón de bronce, obra del escultor español Mariano Benlliure, *subastado en la función que a beneficio de las víctimas de la catástrofe de Santo Domingo, se celebró en el teatro* Calderón, *de Madrid.*

La catástrofe ha hecho que por segunda vez (2) Santo Domingo pida auxilio en el trance amargo y la generosidad ha partido de Yanquilandia, de Cuba y Puerto Rico, y parece que poco o nada de los pueblos del sur, si creemos a las listas de socorros.

Cuando ha dado Puerto Rico, vaciando el portamonedas de la viuda, quiere decir que los pueblos nuestros pudieron dar, uno por uno. Sea que la Cruz Roja esté allá en menos condiciones de servir por una organización reciente, sea que es verdad aquello de que la distancia geográfica triplica la moral, sea que en esto la sola incuria tome cara de indiferencia, el hecho es que Santo Domingo apenas ha visto llegar a su costa bastimento y dineros del sur.

La Unión Panamericana, a la cual se considera en funciones, debería pensar en un fondo común de socorros para las catástrofes, como ha pensado la Sociedad de las Naciones; cuotas decorosas de veinte países para evitar en casos como el presente las colectas angustiosas de última hora y el desentenderse los países ricos de la desgracia del menor. Santo Domingo ha agradecido a Estados Unidos hidalgamente la donación gruesa y grave de pesantez y las efusiones del agradecimiento aquí se justifican; pero Santo Domingo habría sentido esa manera de alegría de las entrañas que prueban los enfermos cuando la familia propia llega al desastre a compadecer y a "hacerse cargo", si la América del Sur hubiese mandado socorros abundantes tantos como ella puede movilizar por cualquier vía en cualquier momento.

GABRIELA MISTRAL

Nueva York, 1930.

(1) La Isla se llama Haití, pero Santo Domingo pesa más en ella.

(2) Santo Domingo pidió el apoyo de la América del Sur durante la ocupación y parece que el Uruguay y la Argentina se los prestaron de modo más activo.

P. D.—Me informa el consulado de Santo Domingo en Nueva York de que las listas de socorros siguen abiertas en todos los consulados del país en el extranjero. Aún es tiempo de enmendar la falta.—G. M.

Ada Negri y Pesoa Véliz

= *Envío del autor* =

Un comentario mío sobre la obra de Pezoa Véliz publicado en este mismo suplemento ha ido a rebotar como en un escudo en la personalidad siempre alerta del catedrático de literatura española de la Universidad de San Francisco de California quien, con actitud muy poco digna de un maestro, aprovecha la generosa y hospitalaria benevolencia de don Joaquín García Monge para responderme desde el **Repertorio Americano** de San José de Costa Rica alterando mis palabras, recortándolas donde mejor le convenía e insultándome pródigamente, no sin haberme supuesto de antemano actos y pasiones indignos cuya sola mención es triste y lamentable viniendo de quien viene y dirigiéndose a quien se dirigen.

Fuimos condiscípulos de Arturo Torres Rioseco, escribimos juntos los primeros versos, recibimos con alegría la dedicatoria de alguno de sus libros, fuimos en fin, lo que en mi artículo expresaba: camaradas y amigos.

Pero este hombre que ha pasado su vida literaria ensayando posturas de superioridad y de grandeza adopta ahora para responder a una alusión de mi artículo un aire tal de soberbia y de desprecio por la verdad, que no hace sino confirmar mi diagnóstico de megalomanía delirante y frenético estampado, no sin fundamento en mi breve comentario de Pezoa Véliz. En un artículo publicado hace diez años, cuando podía creerse con razón que no había afirmado bien su jui-

cio literario, aseguraba con una heroica buena voluntad que el mérito histórico de Pezoa Véliz consistía en haber abierto el camino para que él y Gabriela Mistral ("yo y Gabriela Mistral") dijeran su canto. Yo me permití decir en mi artículo que siendo ese capítulo una cuestión que seguramente decidirían los historiadores del porvenir era otra más grande la trascendencia de la obra de Carlos Pezoa Véliz. Por incurrir en tal irreverencia, Arturo Torres Rioseco, colocándose en el plano absurdo de una superioridad ridícula, me llama "escritor provinciano", habla "del énfasis muy americano del periodista chileno" y dice que las diferencias que establece en mi comentario entre lo popular y lo vulgar las he copiado de un ensayo de Pedro Henríquez Ureña que no he leído y que según Torres Rioseco se ha publicado recientemente en Buenos Aires.

Para este escritor, que se atribuye a sí mismo proyecciones universales, está en Buenos Aires el Vaticano de la verdad literaria y lo que dice, bien o mal, un hombre de Santiago de Chile ha de ser copia o plagio de lo que coincidentemente piensa Pedro Henríquez Ureña por publicar este escritor sus ensayos en Buenos Aires.

No puede así no más improvisarse un alma generosa a pesar de ocupar toda una abundante y gárrula literatura como escenario de conmovedoras actitudes y gestos ejemplares. Gestos y palabras que con pueril versatilidad se cambian en la más baja y procaz artillería del insulto gratuito a un roce leve experimentado por la desmesurada y casi patológica idea de sí mismo que para su uso personal se ha fabricado Arturo Torres Rioseco.

Son tristes y desoladamente reveladores de una pequeña y ruin intimidad las virulentas manifestaciones que suelen brindarnos algunos escritores por cuya obra pudimos sentir alguna estimación. El no quemarles incienso en una actitud de adoración devota les parece sacrilegio y claman anatema haciendo sonar todas las campanas del escándalo.

En este caso he querido recoger el insulto y dejarlo registrado como un episodio risueño de un intento mío sincero y honrado de hacer una revisión de las letras chilenas. No voy a responder, pero voy a señalar el fenómeno como una degeneración morbosa de la vanidad literaria. El orgullo se pone en las grandes obras; en concebirlas, en realizarlas. La vanidad es su sombra mezquina y sirve para empujar por los caminos del ridículo a quienes, creyéndose autores de obras que sólo han soñado, imaginan que el mundo gira alrededor de sus desplantes histéricos.

Lo que concretamente urge destacar de esta glosa es el nombre de Carlos Pezoa Véliz, a quien ahora Torres Rioseco quisiera desconocer hasta la gloria de haberle abierto a él el camino. Y así como a mí me hace copiar un ensayo de Henríquez Ureña que no ha he leído, presenta a Carlos Pezoa Véliz como plagiario de Ada Negri. Este punto merece examen y estudio. Los que a mí se refieren quedan rechazados por pequeños y violentos. Son los exabruptos de una vanidad en delirio. Los anoto pero no los comento.

Con muy poca coherencia, lo que no prueba precisamente el método del profesor, dice Torres Rioseco que Pesoa Véliz no es tan popular como yo lo creo "pues siguió muy de cerca, pero tan de cerca, que a veces parece plagio, a algunos poetas europeos". Este hombre vive trabajando por la idea del plagio. A renglón seguido nos copia **Tarde en el Hospital** de Pezoa Véliz y **Nevicata** de Ada Negri. Según nuestro bélico impugnador universitario la poesía de Ada Negri se publicó en 1892 en el libro **Fatalita**. Sus anteriores dogmáticas aseveraciones hablan del crédito que se puede dispensar a lo que afirma.

Dice la *Nevicata* de Ada Negri:

Sui campi e sulle strade
Silenziosa e lieve,
Volteggiando, la neve
Cade.
Danza la falda bianca
Ne l'ampio ciel scherzosa,
Poi sul terren si posa
Stanca.
In mille immote forme
Sui tetti e sui camini,
Sui cippi e nei guiardini
Dorme.
Tutti dintorno é pace;
Chiuso in oblio profundo,
Indifferente il mondo
Tace...
Ma ne la calma inmensa
Torna ai ricordi il core,
E ad un sopito amore
Pensa...

En su *Tarde en el Hospital*, solloza Pezoa Véliz.

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia:
llueve...
Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.
Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...
Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso...

¿Es tan evidente, como Torres Rioseco se lo imagina, la trayectoria del plagio? No me parece. No me ciego por la pasión y por eso copio literalmente las dos poesías para que otros lean, comparen y mediten. Pero todavía hay un punto que Torres Rioseco no considera y que es indispensable para situar a Pezoa Véliz; el del medio en que el poeta vivió, sus amigos, sus lecturas. Repase Torres Rioseco cuanto se ha escrito acerca de Pezoa Véliz, hable, como yo lo he hecho, con sus amigos y contemporáneos y se dará cuenta de que era muy pobre y muy escasa la fuente de la información literaria del poeta. Su formación intelectual era deplorable, constituían sus lecturas folletines espesos y seguramente no tuvo noticias de la existencia de Ada Negri ni de los poetas simbolistas de Francia cuya obra se propone escudriñar heroicamente Torres Rioseco para dejar constancia de la influencia que ejercieron sobre Pezoa Véliz.

Esto promete hacer el hombre que se queja de ingratitud de sus compatriotas para honrar la memoria del poeta cuya gloria consiste en haberle abierto el camino a él, el primero, como ya hace diez años nos lo aseguraba el propio Torres Rioseco adelantándose valiente y conmovedoramente a la crítica y la historia.

Hay que considerar además que **Tarde en el Hospital** expresa un estado de alma muy íntimo, próximas ya las angustias de la muerte, y que se hace muy difícil admitir la idea del plagio en tan patética situación. Y se complica más esta interpretación de la actitud literaria de Pezoa Véliz cuando se le quiere atribuir como modelo una poesía escrita en un idioma extranjero a él que seguramente leía sólo en la lengua propia. No quiero incurrir en el vicio que deploro en Torres Rioseco y doy a estas opiniones un carácter hipotético y provisional. No está demás un poco de duda y escepticismo frente a las afirmaciones rotundas, dogmáticas, definitivas. Prometo, no obstante, ampliar y ahondar en este punto de vista estudiándolo directamente con quienes conocieron al poeta en la intimidad.

Finalmente Torres Rioseco me remite a la edición de Pezoa Véliz de Armando Donoso, libro que me sirvió de punto de partida para tejer mis breves comentarios. El catedrático universitario, que presume de escritor cosmopolita y universal y para quien es un articulista provinciano el que se atreve a nombrar su megalomanía, rinde culto a la majestad de la letra impresa. No comprende que leyendo un libro que él ha leído se permita uno pensar todo lo contrario, de lo que el libro expresa. Para él todavía es un mandamiento el **magister dixit.** A esto conduce el melodrama de la independencia personal pregonado a voz en cuello desde Yanquilandia para que resuene con eco estentóreo en nuestras selvas. Las virtudes voceadas por quienes se dicen sus protagonistas son siempre virtudes sospechosas.

Por ahora, y a pesar de las iras de Júpiter, sólo respondo con un signo de interrogación a la evidencia del plagio de Pezoa Véliz a Ada Negri que plantea Torres Rioseco como un artículo de fe. Cuando pasen los años y el propio Torres Rioseco se convenza de que Pezoa Véliz vino al mundo a algo más importante que a abrirle el camino, nuestro impulsivo y versátil catedrático será el primero en reconocer quién sabe si hasta melancólicamente, que sus arrebatos actuales no eran sino una manera de ocupar una abundancia de energía nerviosa que no hallaba en California teatro propicio a sus delirios espectaculares.

Roberto Meza Fuentes

(De *El Mercurio*. Santiago de Chile, 7-IX. 1930.)

Chile honra a Costa Rica en las personas de tres estudiantes

= *Envío del autor* =

Cuando se escriba la historia de la dictadura en mi patria ¿cómo se disculpará la expulsión del país de tres muchachos costarricenses en el año de gracia de 1930? ¿Firmarán los intelectuales chilenos otro manifiesto autorizando este nuevo atentado de la tiranía en contra de las libertades esenciales de tres estudiantes extranjeros? ¿Enviará don Eduardo Barrios otro artículo al **Repertorio Americano** justificando este acto **progresista** del Sr. Presidente? ¿Condenarán los señores de la Vega y Meza Fuentes a nuestro gran Don Joaquín por haber publicado en su revista las protestas de Carmen Lyra y de Juan del Camino? Yo ya no me quejo porque el General Blanche, que reemplaza al General Navarrete en la Secretaría de Instrucción — no de Educación — ponga carabineros en la puerta de la Universidad y destierre a unos cuantos estudiantes chilenos. Al contrario, me alegro porque sé que así prepara a los futuros libertadores de mi patria; pero tiemblo de vergüenza al saber que, sin previo juicio legal, expulsa del país a dos señoritas de Costa Rica, futuras maestras, por el delito de ponerse de parte de sus compañeros atropellados por los carabineros.

El hecho de que Costa Rica haya enviado estos estudiantes a nuestra Universidad indica la confianza que su patria deposita en ellos. Son los escogidos, los mejores, de la misma clase de los Brenes Mesén y los García Monge. El hecho de que fueran a Chile indica el cariño de la juventud de Costa Rica por nuestra pobre patria. Ahora vuelven, desterrados. ¿Qué opinión traerán de Chile? No, no de Chile, porque todavía quedan allá hombres y mujeres de valor, de cultura y de civismo. Hay que meditar en que el General Ibáñez es Presidente de Chile sólo por cuatro años; (yo adoro a tu **Candide**, Voltaire); en que el General Navarrete ya no es Ministro de Instrucción — no de Educación — y en que el General Blanche ha ocupado su puesto sólo temporalmente. Hay que meditar en estas cosas, Carmen Lyra, y no protestar porque nos mandan estudiantes allá. ¡Que los destierren! Con gloria vuelven a su patria. ¡Qué fresco debe traer el pecho este Valerio! ¡Qué altas las frentes de Nora Paredes y de Lilia Ramos!

Pero para nosotros, los verdaderos chilenos, que amamos a nuestra patria contra viento y marea, contra pedagogos y literatos cursis, estos acontecimientos son bien tristes. Chile ya no será el país hospitalario que recibía en sus escuelas a los jóvenes de toda América para mandarlos después a sus patrias, más nobles y más cultos. El viejo Instituto Pedagógico verá desfilar generaciones de estudiantes en busca de un miserable diploma pero no brillará más en sus patios la mirada clara, franca y valiente de los muchachos idealistas de antaño. Toda mi sangre se violenta al hacer estas afirmaciones y una voz interior me grita: No; quedan aún millares de muchachos; sangre inocente se ha vertido, en el destierro viven muchos que son de los mejores. Volverá el maestro Loyola al viejo claustro, volverá doña Amanda Labarca a su Liceo y volverán a nuestra patria los estudiantes de Costa Rica y de toda la América, en futuros días de paz, de alegría, de cultura y de alto patriotismo.

Arturo Torres Rioseco

San Francisco California. 1930.

Una página de Gris

=*Envío de la autora*. Desde Nueva York=

Minutos de oro

(Con Gabriela Mistral)

Hay momentos en la vida en que quisiéramos parar su curso, y extraerle, con toda la avidez espiritual, el jugo precioso que nos da... Quería yo eternizar esa hora bendita en compañía de la noble maestra chilena, de esta Gabriela Mistral, perteneciente a la estirpe de los dioses. Pero es mejor acallar la emoción que quiere brotar en verbo ruidoso para alabar a esta figura universal (que no es solamente chilena) porqué sé que le maltrata el elogio, y que más place a su espíritu modesto una girnalda de violetas puesta silenciosamente sobre su cabeza, que un panegírico literario.

Al saber que también visita este país el venerable abuelo de todos los niños del mundo, Rabindranath Tagore, me pienso: es esta una conjución de dos astros de igual magnitud, dijérase una verdadera cortesía del Destino que nos permite gozar muy de cerca la influencia de esa luz. Porque hay una honda analogía entre el hindú de los poemas de *La luna nueva* y la autora de los poemas de ternura.

Con el alma de rodillas agradezco hoy a la vida la bendición de estar tan cerca de esta mujer cuya devoción cultivo desde hace años; de esta escritora exquisita a quien yo enseñara a admirar a mis discípulas allá en el rincón lleno de paz del terruño amado.

Sea este mi homenaje humilde a la poetisa excelsa, a quien los dioses pusieron «por cerebro una estrella y por corazón una rosa».

(Oyendo a Tagore)

Silencio. Ya está allí. Tiene palidez de Cristo. Cabello largo, abundante; parece como que cada hebra fuese un río de plata en que se ramifica el mar de su pensamiento. Sus ojos penetrantes, como fijos en el fondo de las conciencias de los presentes. Más que verse, se siente este profeta hindú. Su aura ha inundado el teatro. Han apagado todas las luces. Son innecesarias. Este hombre es un sol espiritual. Recita sus versos. El espíritu hace un esfuerzo para precisar la reminiscencia. ¿En qué patria celeste oímos alguna vez modulaciones semejantes a las de su voz de arpa? ¿Fué en Venus o en Júpiter? ¿Qué orquesta invisible presta a sus palabras esa armonía divina? ¿Qué genio diminuto dirige la batuta que da ritmo a cada letra? ¿Qué radio potente, que tiene su antena en el cielo, repite para él, las voces de Dios?

Decir no sabemos en qué clave nos seduce más su canto inmortal: ¿Inglés, Bengalí? No importa la lengua, su verso cautiva, no cansa jamás.

Ha preferido quedarse modestamente en su palco, rehusando la notoriedad del escenario. El no necesita pedestales. Es la gloria misma.

Luego que nos ha dado su alma en verso, conviene en ocupar sitio más visible. Ambiente hindú: Danzarinas orientales, embajadoras del ritmo en el movimiento; cobras humanas que saben poner espíritu en el gesto sensual: Ronda de virgencitas con el traje hindú, que se postran a los pies del Maestro, también en reverencia rítmica y depositan una flor en su regazo. Juegos de luces que recuerdan los cuentos de *Las mil y una noches*. Y como toque final, se corona a Tagore con flor natural.

New York, 1930.

Mayo 15

Soñé. Tiempo: tan remoto, tan remoto, que los días tenían arrugas hondas, y gris cabellera coronada las noches.

Soñé que partías. Y que yo, con el alma estrujada por la angustia, no tuve valor de mirarme por última vez en tus ojos tristes. Que el alba tímida y curiosa apenas se asomó a verme cortar las violetas decoradas con brillantes de rocío que te llevaron en su cáliz mi mensaje de amor. Manos ajenas, más piadosas, las pusieron en la solapa de tu traje.

Oí en el sueño la sirena del tren, que me despertó sollozando. Torné a dormir, y seguí el rumor del tren que se alejaba... se alejaba... y se hizo tan sutil mi oído, que aún el rumor del barco, al besar el agua, apreció mi subconciente.

Luego, sin otra explicación del sueño, aparecí llevando traje negro, negro! Había ramos fúnebres en torno de mí. Uno de ellos atrajo mi vista enrojecida: Era un corazón formado por rosas rojas, bien olientes, frescas. En el centro ostentaba las iniciales de tu nombre, en siempre vivas de oro encendido.

En el mismo sueño tañer de campanas hizo retornar mi alma a una realidad. Bendita realidad del sueño! Tú no habías partido nunca... Cerca de mí, amoroso, fiel, yo te adoraba aún!

———

Doliente recuerdo de aquella cruel mañana, ha amanecido este día gris, y tu sombra se pasea por mi alma, convertida hoy en cámara fúnebre.

1930.

Otoño

Caen... Caen... Las hojas en otoño caen como pájaros heridos, y su murmullo, más que una queja, es una canción. Ya era tiempo de que cayeran, porque estaban débiles, amarillentas y enfermas. Ahora van solamente a dormir un sueño largo de renovación, para surgir de él fuertes, ofreciendo vida y alegría.

Para mí, lo más hermoso y emocionante de otoño es la muerte aparente de la naturaleza.

En las noches, cuando cruzo el parque, quietos, mudos, indiferentes, en línea los árboles parecen esqueletos, o seres agonizantes que abren sus brazos pidiendo merced.

Amenudo oí hablar del otoño, y en verdad que la mayoría sabe lo que la gris estación parece sólo por literatura.

Otoño es como un descanso de la naturaleza, que en primavera y verano hiciera derroche de vida.

Arboles mustios e indiferentes, resignados... dejad que vuestras hojas caigan como pájaros heridos. Ya volveréis a adornaros y luciréis de nuevo el atavío de vuestras ramas, el encanto de vuestras flores, la maravilla de vuestros frutos y ofreceréis a las aves un refugio cálido para sus nidos.

Arboles desnudos e indiferentes, cómo amo vuestra actitud paciente!

1927.

Como un artista

Como si la luna se hubiese pulverizado y cayese en cristales finísimos, blancos y fríos, así la nevada que a modo de sudario cubría áres extensa.

La blancura poética que helaba el paisaje fué herida por una nota negra: Yacía bajo ella, aterido, Jaime «el violinista», anciano vivaz que alegraba la chiquillería callejera con los aires de su violín, viejo como él...

Como todo artista de verdad, Jaime era pobre. La casera le despidió de su cuarto porque no podía pagarlo, pero este bohemio optimista se lanzó a la calle a expresar su desamparo con el idioma armonioso de su viejo violín. Mientras olvidaba su pena, la muerte, con abrazo potente, su vida heló. Y encontraron a Jaime, yaciente en cama alba, cubierto su cuerpo con sábana fría, y apretando en su mano, como un crucifijo, el violín, mudo ya.

Gris

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

La edición de las Memorias científicas de Paul Tannery no se interrumpió durante la guerra. Aún faltan volúmenes por publicar. Los publicados ascienden a cinco. No vacilo en calificar su conjunto como uno de los monumentos capitales del espíritu en los tiempos modernos.—*Cita de* EUGENIO d'ORS.

———

Hay en Colombia un pensador eminente: Alejandro López.

Dos de sus obras nos acaba de remitir, desde Londres, nuestro amigo y colaborador, Gérman Arciniegas:

Problemas Colombianos. Editorial PARIS-AMÉRICA. París. 1927.

El Trabajo. Principios fundamentales. London. 1928.

Arciniegas nos dice: «El uno es un estudio fundamental sobre los problemas colombianos y el otro, la exposición más nueva que se haya hecho sobre la filosofía del Trabajo».

———

El último libro de poesías de Jaime Torres Bodet:

Destierro. Madrid. ESPASA-CALPE. 1930.

Lo extractaremos en breve.

———

Hay en Moca, República Dominicana, una Estación Agronómica y Colegio de Agricultura de que ya hemos hablado en estas columnas.

El tomo II de la *Memoria* (1927) de la Secretaría de Agricultura e Inmigración nos llega. En él, un notable *Informe* del Sr. Director de la Estación Nacional Agronómica y del Colegio de Agricultura de Moca. Recomendamos su lectura a los que aquí se interesan por los estudios agrícolas. ¡Cuánto qué aprender en el grueso volumen!

———

Un folleto que hemos pasado a nuestro colaborador Juan del Camino para que lo comente:

The Central Americas, by Raymond Leslie Buell. Edición de la FOREIGN POLICY ASSOCIATION de Nueva York. Aspectos que trata: I.—Political Progress. II.—Foreing Enterprice, y III.—Foreign Relations.

El Sr. R. Leslie Buell es de la Foreign Policy: *Research Director*. Ya lo veremos *cómo* trabaja.

———

La benemérita editorial ESPASA-CALPE, Madrid, nos honra con estos envíos:

José María Salaverría: *Bolívar*, El Libertador. Vol. II de la notable serie: *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*.

Vicente Lamperez y Romea: *Historia de la arquitectura cristiana*. Corresponde al N.º 33 de la conocida serie *Manuales Gallach*.

Nicolás Sama Pérez: *Los meteoros*. De la serie escolar *Libros de la naturaleza*.

Fray Pedro de Aguado: Primera parte de la *Recopilación Historial Resolutoria de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada de las Indias del Mar Oceano*. Tomo I.

———

Cuadernos de cultura se llaman unos que nos llegan con cierta frecuencia (es quincenal la publicación) de Valencia, España. Redacción y Administración: Embajador Vich, 15, entlo.

De la serie *Educación:*

José Ballester Gonzalvo, *La escuela única*.

De la serie *Arte y literatura:*

Leopoldo Basa, *El mundo de habla española*.

De la serie *Historia y geografía:*

Juan G. de Luaces, *La dramática vida de Miguel Bakunin*.

De la serie *Ciencias naturales:*

Enrique Rioja, *Introducción a la historia natural*.

———

Volvamos a referirnos a las ediciones *Hoy*, Madrid. Muy buenas son. Los últimos títulos que nos llegan:

Teodoro Dreiser, *El financiero*. novela. Trad. del inglés de Manuel Pumarega.

Elías Erenburg, *Citroën 10 H. P.* Crónica de nuestro tiempo. Trad. de M. Pumarega.

F. Panferof, *Brusski*. Novela. Trad. de Fernando Osorio.

———

Señalemos una vez más a la editorial CENIT, de Madrid, con nosotros tan generosa. Hemos recibido últimamente:

De la *Colección prosistas extranjeros contemporáneos:*

Josehp Roth, *A diestra y siniestra*. Trad. directa del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres.

Arthur Holitscher, *El Baedeker de los Locos*. Trad. directa del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres.

Michael Gold, *Judíos sin dinero*. Trad. del inglés por Margara Villegas.

Sherwood Anderson, *La risa negra*. Novela. Versión española de A. Centeno Rilova.

De la *Colección visiones políticas y sociales:*

Los hombres de la Dictadura, por Joaquín Maurín.

Se refiere el libro a Sánchez Guerra, Cambó, Iglesias, Largo Caballero, Lerroux y Melquiades Alvarez.

De la *Colección documentos vivos:*

F. Slang: *El acorazado Potemkin*. Historia de la sublevación de la escuadra rusa a la vista de Odesa en el año 1905. Relatada

sobre documentos auténticos. Con 3 fotografías originales y 17 cuadros sacados de la película.

Antenoche me cayó en las manos un libro del Conde de Pozos Dulces. *Colección de Estudios sobre Agricultura*, y no pude en toda la noche apartar los ojos de él. Tiene muchas cosas que yo había pensado y otras que no hubiera sido capaz de pensar nunca.—*José Martí*.

La Editorial España, Madrid, reedita el libro *Del Cautiverio* de M. Ciges Aparicio y justifica la reedición en términos tan sugestivos, que mueven a leerlo.

Dos obras recientes de la Editorial Cenit, S. A., Madrid, que también nos favorece con el envío de sus acreditadas ediciones:

C. F. Ramuz: *Cumbres de espanto*. Novela. Trad. directa del francés por José Ma. Quirós Pla.

José Breitbach: *Rojo contra rojo* (novela). Trad. directa del alemán por Salvador Villa.

Ambas obras pertenecen a la colección «Prosistas Extranjeros Contemporáneos».

Una valiosa obra a que nos hemos referido en una de las entregas anteriores.

María Ester Rodríguez: *La escuela del porvenir*. Talleres gráficos de la Nación. México, 1929.

Con la autora: Huertas 14. Actipan. Mixcoac, México, D. F., México.

De los autores:

Antonio Burich (Buenos Aires, Rep. Argentina):

Un maestro laico. Comedia en tres actos. Buenos Aires. 1930.

Luisa del Valle Silva (Este 6, 89 Caracas. Venezuela):

Ventanas de ensueño. Editorial Elite. Caracas, 1930. Lo extractaremos.

Pedro Ugarteche (Lima, Perú):

La política internacional peruana durante la dictadura de Leguía. Sometidos al imperialismo yankee. Tratado de límites con Colombia. Como ha jugado Leguía con la cuestión del Pacífico. El regreso del Perú a la Sociedad de las Naciones. Lima 1930.

Víctor Hugo. Escala (De la Legación del Ecuador en Caracas):

Glosario sentimental. Editorial Elite. Caracas. 1990.

Joaquín Campa (Santiago del Estero 464. Buenos Aires. Rep. Argentina):

Monólogos. (Primera serie). Buenos Aires. MCMXXX.

Roberto F. Giusti (Buenos Aires, Rep. Argentina):

Crítica y Polémica. Cuarta serie. Edición de Nosotros. Buenos Aires. 1930.

Sumario de la serie:

Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset. Groussac, hispanista. La influencia italiana sobre la cultura argentina. El idioma en la enseñanza media. Veinte años de vida literaria. Julio Cejador. Sobre la literatura portuguesa. Un rincón del pasado. El Florencio Sánchez de Rigauelli.

María Alicia Domínguez (Bolívar 1084. Buenos Aires, Rep. Argentina).

Las alas de metal. 1930.

Eugenio Florit. (La Habana, Cuba):

Trópico (1928-1929). *1930*, revista de avance. La Habana.

Braulio Miravia (Calle 14 con Corredor 4. Cali, Valle. Colombia).

Bronce. Segunda edición. Cali. 1930.

Juan A. Fagetti (Paysandú, Uruguay).

Policiales. Versos escandalosos. Paysandú, Uruguay.

Juan Bustillo Oro (5 de mayo 29 desp. 108. México, D. F. México):

German de Campo. Una vida ejemplar. Publicaciones l. a. s. d. México. 1930.

Arturo Cambours Ocampo (Estancia *La Oración*. Macachín F. C. S. Pampa Central. Rep. Argentina):

Suburbio mío. Opiniones ilustradas por Jorge Arancibia. J. Samet, editor. Av. de Muyo. 1242. Buenos Aires.

Ni supongas que el Torquemada a que me refiero sea el cardenal inquisidor, sino el franciscano del mismo nombre[1], autor de la Historia de Méjico llamada *Monarquía Indiana*, tan extensa como sustanciosa. Esa sí es prehistoria bien fundada, esa sí es abundante copia de narraciones indias y castellanas, de reflexiones sociales y políticas, de recuerdos llenos de la mejor erudición, de datos sobre historia natural colmada de interés, y todo ello escrito en lenguaje rico y puro, de la mejor cepa castellana, tan pintoresco y abundante como el de las mejores plumas del mejor siglo español. No en vano dice Quaritch que si Torquemada pereciera, perecería la base y la fuente de la historia mejicana. ¡Qué lectura más gustosa y atractiva!—*Cita de* Marco Fidel Suárez.

... pero si se leen las extensas y bien escritas obras del Padre de los Casas... *Cita de* Marco Fidel Suárez.

Escritor admirable[2], pensador sublime, como se dice ahora, fué este autor de la Historia de España, que escribió él imitando al latino Tácito y al griego Tucídides. La sencillez en ese libro está asociada a la profundidad y en sus páginas brillan los grandes pensamientos como crisantemas sobre la grama. El hombre, las naciones, las edades son objeto de esas sentencias. Hace poco entré en la biblioteca nacional y pidiendo el libro me puse a leer lo del emperador Adriano, de quien se dice que recorrió a pie y sin sombrero casi todo el Imperio, y hallé este pensamiento de Mariana tan triste como exacto: «Los grandes beneficios aprietan como coyunda demasiado al favorecido, y por eso se pagan a veces con grandes ingratitudes.» Recuerda el autor la conducta de Adriano con su ayo.—*Cita de* Marco Fidel Suárez.

[1] Juan

[2] Alude al escritor español Juan de Mariana.

Leemos con gusto y provecho los *Sueños de Luciano Pulgar* de Marco Fidel Suárez. En la p. 174 del Tomo III anotamos:

Aquel gran geopónico, que es acaso el primer expositor de agricultura en los tiempos del Renacimiento y que ocupa talvez el primer lugar entre los escritores más castizos de España, aquel Gabriel Alonso de Herrera, a quien solemos citar en estos diálogos, dijo del vino...

En la pág. 340:

... don José Caicedo Rojas, escritor insuperable en algunos géneros de nuestra literatura y autor de deliciosas leyendas, sacadas de nuestras primeras crónicas...

Grandes son los esqueletos que se han descubierto antes de ahora en la América del Norte; y los que Darwin cuenta que vio en el aquel fructífero viaje que, con singular modestia y llaneza, cuenta en los dos libros[1] que escribió como cronista científico de la expedición inglesa, a través de mares lejanos y de extrañas tierras. Leer aquel libro, sincero, ordenado, más lleno de deseos de saber que de generoso calor humano, más preocupado del modo con que los insectos vuelan que del modo con que vuelan las almas—es como entrar por los espacios vastos de aquel maravilloso cerebro, a cuya implacable lealtad no faltó acaso, para poner a su dueño entre los seres casi divinos de la tierra,—más que el don de amor, o que hace fecundo al genio.—*Cita de* José Martí.

Tú debes continuar con el Padre Granada. Si lo deseas, haré que te envíen el *Libro de la oración y meditación*, que es un manual de oro macizo, aunque con la *Introducción al Símbolo de la Fe* hay para criar sangre nueva.—*Cita de* Angel Ganivet.

Clarín es un extraordinario cuentista, y su novela *La Regenta* depara, en punto a primores de análisis y disección psicológica, sorpresas magníficas.—*Cita de* Melchor Fernández Almagro.

[1] *Viaje de un naturalista alrededor del mundo.*

Con el Senador King

Managua, Nicaragua, January 4th, 1931.

Hon. Senator William H. King,
Senate Office Building.
Washington, D. C.

Sir:

News despatches have announced that you will introduce in the Senate of the United States a resolution urging the immediate withdrawal of the United States forces in Nicaragua. This has indeed encouraged us, and we believe we speak for the majority of the Nicaraguan people. If we have seemed acquiescent towards the armed intervention of the United States in our affairs, it has been due solely to the hazards and risks run by those who dare express their dissatisfaction. To oppose the Intervention of the United States has been treated as a capital offense in Nicaragua. In the Departments of the North, those who are against the Intervention are dubbed bandits and mercilessly hounded to death. They fight back, and the result has been a warfare in which not only Nicaraguans have perished by the hundreds, but American marines have also laid down their lives without credit to their country.

In this part of Nicaragua, opposition to the Intervention of the United States has led many to jail and even to exile. We have seen their families left in destitution. In addressing you, therefore, we trust that you will realise the risk we run should our names be known.

It is now over three years since American marines undertook to pacify the country, that is, to defeat in war those who rebelled against American Intervention in Nicaragua. On May 4th it will be four years of that tragedy. Have we had peace? In 1927 Secretary Stimson reported the number of «bandits» to be no more than 150. If measures to defeat 150 men have resulted in four years of war and in the number of the «bandits» increasing instead of decreasing, the absurdity of the policy will be clearly seen.

Surely, the wisdom of American statesmanship can devise other means for helping Nicaragua have the peace that we all desire; or, if it cannot help but its efforts only make matters worse, we have every right to ask that we be permitted to work out our own destiny. In whatever effort you may work towards this end we desire you to know that we are willing to cooperate; and that you will have earned our gratitude as you have earned the gratitude of the Haitian people in your courageous defense of their rights.

Respectfully yours,

Managua, Nicaragua, 4 de enero de 1931.

Excmo. Sr. Senador William H. King,
Edificio de las Oficinas del Senado,
Washington, D. C.

Señor:

Informaciones noticiosas anuncian que usted presentará al Senado de los Estados Unidos una resolución en la que abogará por el retiro inmediato de las fuerzas de los Estados Unidos que están en Nicaragua. Esto muy de veras nos ha alentado, y creemos que hablamos en nombre de la mayoría del pueblo nicaragüense. Si hemos parecido como aceptando la intervención armada de los Estados Unidos en nuestros asuntos, ello se ha debido únicamente a los peligros y riesgos que corren quienes se atreven a expresar su insatisfacción. El oponerse a la intervención de los Estados Unidos ha sido tratado como crimen capital en Nicaragua. En los departamentos del Septentrión, a quienes están en contra de la intervención se les tilda de bandidos y se les persigue inmisericordemente para darles muerte. Oponen lucha a ello, y el resultado ha sido una guerra en la que no sólo han perecido centenares de nicaragüenses, sino en la que también marinos norteamericanos han dado sus vidas sin honra para su patria.

En esta parte de Nicaragua, la oposición a la intervención de los Estados Unidos ha conducido a muchos a la cárcel y aún al exilio. Hemos visto quedar desamparadas sus familias. Al dirigirnos a usted, por tanto. esperamos que usted se dará cuenta del peligro que corremos si se divulgan nuestros nombres.

Hace ya más de tres años desde que los marinos norteamericanos tomaron por su cuenta la pacificación del país, esto es, derrotar en guerra a quienes se rebelaron contra la intervención norteamericana en Nicaragua. El 4 de mayo cumplirá cuatro años esta tragedia. ¿Hemos tenido paz? En 1927 el Secretario Stimson informó que el número de «bandidos» no pasaba de 150. Si las medidas para derrotar a 150 hombres han resultado en cuatro años de guerra y en que el número de «bandidos» aumente en vez de disminuir, se ve claramente cuán absurda es esa política.

De seguro, la sabiduría de la ciencia norteamericana del Estado, puede ingeniar otros medios para ayudar a Nicaragua a obtener la paz que todos deseamos; o, si no puede dar ayuda sino que sus esfuerzos sólo empeoran las cosas, tenemos pleno derecho para demandar que se nos permita labrar nuestro propio destino. En cualquier esfuerzo por el que usted trabaje para el logro de este fin, queremos que sepa que estamos dispuestos a cooperar, y que usted se habrá hecho merecedor de nuestra gratitud así como ha merecido la del pueblo haitiano por la valiente defensa que ha hecho de sus derechos.

Respetuosamente suyos,

(Por razones obvias, *Repertorio Americano* se abstiene de publicar los nombres de los firmantes de este memorial).

Carta alusiva

Mi muy querido
don Joaquín García Monge:

A fines del año pasado fuerzas del Ejército Libertador de Nicaragua, al mando del General Ortez, derrotaron a fuerzas invasoras—marinos de los Estados Unidos—resultando muertos un número de estos últimos lo bastante grande para constituir noticia de la que no se han atrevido a hacer caso omiso las agencias de que se valen los periódicos norteamericanos. Es bien sabido que desde hace más de un año, la prensa de los Estados Unidos le ha hecho una guerra de silencio a la campaña jamás interrumpida desde 1927 del General Sandino. Como en la América Latina, pobres que somos, nos nutrimos de las migajas de noticias que nos dan las agencias yanquis, ha cundido entre nosotros también la idea de que en Nicaragua todo estaba consumado.

En Nicaragua no se ha dejado de pelear. Ha ocurrido que desde hace tiempo los marinos han esquivado el bulto, defendiéndose detrás de pelotones de nicaragüenses que por hambre e ignorancia más bien que por falta de patriotismo (¡si lo raro es que el pueblo nicaragüense sea patriota aún después de que las clases dirigentes lo han explotado de manera tan inicua!), se han enlistado en la llamada Guardia Nacional. Ultimamente, parece, sin embargo, que han intentado los marinos ver si sus armas recobran el lustre que les dieron las acciones de Chateau Thierry y del Bosque de Bellau y que habían perdido en las montañas de Nicaragua. No lo han logrado. Y el Senador William H. King, según noticias de fecha reciente, presentará hoy una resolución tendiente al retiro de los marinos que hay en Nicaragua.

Conviene saber que el señor King, Senador de los Estados Unidos por el Estado de Utah, se ha opuesto siempre a toda forma de imperialismo norteamericano. Es muy posible que crea que no hay tal imperialismo, en el fondo, sino que sólo en ciertas formas. De todos modos, durante años luchó, frecuentemente solo, porque cesara la intervención de su país en Haití. Ello solo basta para que sea merecedor de nuestro respeto y aún de nuestro cariño. Y ello lo hace también acreedor de nuestra confianza en la campaña parlamentaria que parece iniciar a favor de la liberación nicaragüense.

Conviene saber, además, que es muy difícil que el Senado de los Estados Unidos pueda obligar al Ejecutivo a que retire a los marinos. Por una parte, no tiene facultades constitucionales para ello. Lo más que podría hacer sería, en este orden de cosas, declarar que es su sentir (*It is the sense of the Senate*, es la fórmula), que la intervención debe cesar. El Ejecutivo haría entonces lo que le pareciere.

También puede el Senado ordenar una investigación para averiguar cómo se han conducido las relaciones del Gobierno de los Estados Unidos en Nicaragua, y qué perjuicios ha acarreado la política estadunidense para con esa República, etc. Pero el resultado de tal medida, dado que la investigación fuese hecha a

(Pasa a la página 31.)

Sobre la idea de un homenaje

= De *La Libertad*, Madrid. =

En esta *Libertad* y en otros muchos periódicos de provincias de los que sirve la Agencia Sirval, leo una nota invitando a los escritores españoles a rendir de algún modo el homenaje que se le debe a Gabriel Alomar. ¿Por qué sólo a los escritores? El homenaje debiera trascender del gremio literario, generalmente demasiado dividido o apático para ocuparse de hacer justicia a un compañero. Hay que morirse—como hace poco Mesa y Miró—o pasar a una discreta reserva para que suenen las loas y los responsos de los del oficio. Tratándose de un escritor español, más esperanzas habrá de que en el homenaje participen sus lectores. En el caso de Alomar, nuestro gran educador político, sus admiradores debieran serlo todos los españoles que sueñan con una España más libre y más justa, porque nadie ha trabajado con tanta constancia y tanto entusiasmo como él por una España así desde esta gran ágora moderna que es la prensa.

La queja de la nota a que aludo es exacta: en las valoraciones cotidianas a Alomar no suele concedérsele el rango intelectual a que tiene derecho. Pero la causa de ello no sea sólo la lejanía geográfica en que vive—en Mallorca—de Madrid. Talvez esa distancia física sea la expresión material y deliberada de su concepto aristocrático o, como él gusta decir, aristárquico de la política y probablemente de la vida total. Ese concepto no excluye el principio democrático; al contrario, lo complementa. Pues el mismo Sócrates —en la *República* platónica— antes de ironizar contra la democracia, dice que los guardianes del Estado ideal, o sea los mejores ciudadanos—que en su clasificación son los filósofos, los que contemplan el bien absoluto, fuente de la justicia, de la verdad y de todos los otros bienes esenciales y accidentales—, no buscan nunca al pueblo, ni menos le adulan, sino que el pueblo debe buscarlos. Y esta es la verdadera democracia.

Por contraposición a muchos escritores sedicentes *puros*, es decir, entregados al arte por el arte y desentendidos de todos los problemas del Estado—a excepción, a veces, del problema de agenciarse en él alguna sinecura—, Alomar ha intervenido, interviene y ojalá siga interviniendo por mucho tiempo, contra achaques y desilusiones, en todas las cuestiones candentes de su tiempo, y por lo mismo no lo ha tenido para manipular habilidosamente éxitos y consagraciones personales. Nuestra feria literaria, donde la *pureza* estética se convierte con frecuencia en el más vil comercio del toma y daca, del *do ut des*, del hoy por ti y mañana por mí, del ahí va ese bombo para que tú me dés aquella granjería o aquel espaldarazo, esta comedia diaria de la gloria elaborada a brazo y del mendrugo conseguido a fuerza de arrastrarse, tienen que inspirar un asco profundo a hombres genuinamente selectos como Alomar, demasiado absortos en la contemplación del bien objetivo, como los guardianes platónicos, para ocuparse de su lustre individual.

Esta reiteración con que asocio el nombre de Alomar a la teoría del Estado del más grande de los griegos, no es mero alarde de fácil pedantería. Toda la literatura política de nuestro noble mallorquín tiene resonancias helénicas y, más precisamente aún, socráticas. Como Sócrates, Alomar es un apasionado de la verdad y la justicia—ideas gemelas en la constelación platónica—, porque sin la justicia y la verdad no hay Estado duradero. Y su aristocracia o aristarquía—el gobierno de los mejores—es también la misma, con la discrepancia democrática. Para Alomar, como para el idealista griego, la justicia está por encima de todo, hasta de la patria y, desde luego, muy por encima de todas las razones de Estado.

Hombres así son un tesoro de la especie, porque la naturaleza los produce con avaricia. Uno o dos en cada país y en cada época, y ya es mucho. Nuestro tiempo ha dado bien pocos: un Zola en el *affaire* Dreyfus, un George Brandés—el gran crítico escandinavo—, un Maximiliano Harden en la Alemania imperial, un Romain Rolland, un Gorki y en Inglaterra, a veces hasta un grupo. España puede envanecerse de tener a Alomar. Son los vigías de la Humanidad, por encima de los partidos y las fronteras. Su pasión ética, su irreductible intransigencia con las realidades de la Historia, incluso cuando parecen inevitables y aunque sólo quebranten temporalmente las normas fundamentales de la justicia en aras de la justicia superior, quizás no pueda ser compartida en todas las ocasiones, pero merece siempre respeto y admiración.

Nadie le negará a Alomar este debido homenaje con que España, honrándole, más que a él se honraría a sí misma; los mismos compañeros de letras, habitualmente escépticos o desdeñosos ante esta clase de actos, no se inhibirían, por excepción, en el que se propone. Pero es el propio pueblo, la parte más inteligente, es decir, más aristocrática o selectiva de la democracia española, la que debe adelantarse a enaltecer en alguna forma a este puro y generoso guardián de los grandes valores de la vida.

La forma, claro está, debe ser consonante con el espíritu delicado y retraído—tan antihistriónico—de Alomar. No podemos salir del paso con el manido banquete, que muchas veces está bien como estímulo a la juventud o como modesta glorificación reiterativa de los maduros, no obstante lo que se abusa de la costumbre, como si más que complacer a un



Alomar — Visto por *Bagaría*.

Gabriel Alomar

Para el justo homenaje

= De *El Sol*, Madrid. =

Ahora estará de vacaciones Gabriel Alomar; unas horas del día en su casa de Palma: las horas de trabajo; otras en la casita del Molinar, al caer de la tarde: las horas de descanso. ¿Pero en qué consiste el descanso para Alomar? Podría decirse que en seguir trabajando. Nosotros sabemos, sin embargo, que para este valeroso obrero muchos trabajos no son tales, sino al contrario, recreo, juego del espíritu. Su tranvía del Molinar es el que trae y lleva diariamente más cantidad de libros, entre todos los medios de comunicación de la isla dorada. La diversidad de materias y asuntos desorientaría al que quisiera deducir por el carácter de esos volúmenes las inquietudes del viajero lector. Acabaría por comprender que aquel hombre es un ser de curiosidad excepcional; que su isla le viene estrecha, y no sólo su ciudad y su isla sino también el medio espiritual en que le ha tocado vivir. En Historia es bueno hacer grandes escapadas e ir buscando las claves novísimas, hasta ahora inéditas, de sucesos inexplicados, aunque su misterio no llegue nunca a las historias generales, ni a las enciclopedias. En Filosofía, no dejarse embaucar. En Literatura, perseguir las piezas más difíciles; las que no saltarán jamás a los que cazan en pandilla. Esto es agradable para Alomar. Esta es su felicidad, su sensualidad, y así puede apreciarse cuando, inclinando la cabeza —el gesto del análisis y la duda metódica—, clava sus ojos miopes, agudos y penetrantes en la primera página del volúmen recién desembarcado.

Vuelvo a verle tal como le dejé en el verano del luctuoso año 21. Su chalina, su cuello blando, su amplia, ligera, democrátida chaqueta palmesana, volando al viento del Mediterráneo en el camino de la vieja torre d'en Pau. Recuerdo—he tenido que recordar aquel día de julio del 21 muchas veces—que sobre las arenas volaba un *hidro*, y la tarde

(*Pasa a la página 28*)

amigo o desarmar a un posible enemigo se tratase de favorecer a los hoteleros y a los especialistas en enfermedades del estómago; pero sería impropio e insuficiente como consagración solemne de toda una vida de magisterio público y popular y como reconocimiento nacional de uno de los más ricos escritores españoles contemporáneos, tanto por la belleza lírica de su prosa como por su clásico pensamiento.

Tampoco espero que se le ocurra a nadie un homenaje de tarjetas de visita, como se hace con los que uno no quiere visitar y con los fallecidos. En Inglaterra, donde estas dignidades tienen un positivo valor social, pediríamos para Alomar un título de *baronet*, sin ofender su hondo y tradicional republicanismo mediterráneo. En Francia, donde la Academia representa también una función social y no es sólo como en España, una supervivencia arqueológica, pediríamos para él un sillón academico. ¿Pero qué podremos pedir en España? Desde luego, a la España oficial, nada.

A mi juicio, en el homenaje a un escritor español—pobre por definición mientras no se demuestre lo contrario, y más si cultiva géneros literarios tan poco fructíferos como los de Alomar—debe asociarse lo honroso con lo útil. No se me tache de materialista contumaz, puesto que sólo busco el bien del prójimo y la excusable satisfacción de promoverlo. En un país donde los mejores ingenios viven y mueren en la pobreza, desde Lope y Cervantes hasta Mesa y Miró, por no aludir sino a los muertos, hablar sólo de laureles es un escarnio criminal. La solaridad debe ser otra.

¿Por qué no regalarle, por ejemplo, a Alomar una edición de lujo de un volumen donde se recogieran sus mejores trabajos? Otros escritores catalanes y castellanos, podrían enriquecerlo con estudios especiales sobre los varios aspectos de nuestro gran escritor. Pintores y dibujantes, castellanos y catalanes podrían avalorarlo con adecuadas ilustraciones. Los editores y los periódicos, en justa correspondencia, sufragarían el costo material de la obra. Seguramente la Asociación del Mejor Libro del Mes le prestaría su valioso apoyo. Y el público—individuos y entidades culturales y políticas — compraría los mil o dos mil ejemplares—por lo menos—de la tirada, a veinte o veinticinco pesetas el ejemplar, de admirable texto, de finísimo papel, de hermosas ilustraciones y de impresión impecable, en vez de gastarlas en el omitido banquete. ¿Qué mejor banquete intelectual que un libro tan bello?

Vengan otras proposiciones si la esbozada parece insuficiente o poco viable. Y si no, nómbrese en seguida un Comité y manos a la obra.

Luis Araquistain

Ha estado enfermo el escritor mallorquín, y al inaugurar, restablecido ya, su labor periodística escribió sobre lo que la enfermedad le impidió escribir, y se le venía por esto repudriendo en el cuerpo. Este su primer artículo de la convalescencia censurando acre, dura y fundadamente la entrega a Mussolini del antifacista Imperiale, es a modo de síntesis de la gloriosa labor del maestro de periodistas, guía de ciudadanos y tribuno de la plebe. Escribe de lo que rebosa de su corazón. Es caballero andante con pluma en vez de lanza; lee periódicos, con lo que, sin buscarlas por los caminos del mundo, van a él las aventuras. Pidió la vida de aquel extraño Juan Rull, confidente de los gobernadores de Barcelona, agente provocador a sueldo de la Policía y dinamitero por su cuenta. Fué el único Alomar. Ha sido ahora, al condenar la entrega de un delincuente político, con escarnio de la hospitalidad y del derecho de asilo que para esa índole de delincuentes conservan las naciones independientes, el más esforzado paladín del hasta en Inglaterra olvidado deber de cobijar a los reos políticos y de no entregarlos cual perros policías a sus perseguidores.

Gabriel Alomar tiene muchos títulos para ser acreedor a la admiración y al cariño no sólo de cuantos escriben, sino de cuantos leen, y aun de aquellos que sin saber escribir ni leer padecen persecuciones injustas y sienten el deber de la gratitud.

Alomar escribe en dos lenguas: en la catalana y en la castellana; es en ambas poeta lírico, escritor de viajes, de críticas, de crónicas, de ensayos, de artículos. Es catalanista y universalista, quiere la autonomía integral y el respeto íntegro, según la fórmula de 1848, a los derechos del hombre. Puso su pluma, su mente, su entusiasmo, frente a la Dictadura, y no fué de los deslumbrados, de los que se dejaron engañar y aplaudieron o esperaron silenciosos. Gabriel Alomar, al saber en su Mallorca que el día anterior, el nefasto 13 de setiembre, se había hecho, con el nombre de golpe de Estado, un pronunciamiento en Barcelona, lloró de dolor y de rabia. Esas lágrimas de Gabriel Alomar bastan, me bastan a mí, para justificar el homenaje.

Lo ha propuesto el redactor de *La Libertad* Sr. Sirval, y lo han redondeado Luis Araquistain y Luis Bello en sendos artículos: una edición de las obras de Gabriel Alomar y un libro-álbum, como los compuestos en honor de Marcelino Menéndez y Pelayo y don Santiago Ramón y Cajal. Muy bien. La cuestión es honrarnos significando a Gabriel Alomar nuestra admiración y simpatía en la forma menos molesta para él, enemigo de bullangas y exhibiciones.

Dos muestras de cariño admirativo ha tenido, hace años, en Madrid. En una no estuvo presente. Azorín, que fué el iniciador, reunió en el desaparecido café inglés, de la calle de Sevilla, esquina a la de Arlabán, a José Ortega y Gasset, Jacinto Benavente, Ramón Pérez de Ayala, Eduardo Gómez de Baquero, *(Andrenio)*, Luis Bello, Ramiro de Maeztu y algunos otros con la finalidad de pedir al ministro de Instrucción Pública, que lo era un liberal, el traslado de Alomar a una cátedra vacante en uno de los institutos de Madrid. El ministro, como era liberal, prefirió dar a un católico con ribetes de clerical lo que para Gabriel Alomar se había solicitado.

La otra manifestación consistió en un banquete. Se celebró en el Hotel Ritz, en honor de tres diputados, noveles entonces, muy admirados por la intelectualidad española, y tenidos en mucho, entonces y ahora, por las izquierdas, y estimados por sus contemporáneos y por la juventud: Gabriel Alomar, Fernando de los Ríos y Luis Zulueta.

El banquete lo ofreció don Ramiro de Maeztu, embajador de la intelectualidad avanzada española, antes de serlo de Primo de Rivera en la República Argentina.

Ahora se propone un homenaje. ¿Al poeta? ¿Al prosista? ¿Al republicano federalista, liberal, demócrata, laico, enemigo de la guerra, internacionalista? ¿Al que honra en el periodismo a su ascendiente Alfredo Calderón? No hay que descomponer, desarticular, descuartizar una personalidad. El homenaje se pro-

---

Poesías

—Envío del autor—

Amargo

Ahora estoy amargo
como una fruta venenosa.
Ya no me hables de amor ni de conquistas!
La vida es un camino árido y largo
y siento el ansia de morder la rosa,
de ahogar las tardes amatistas
en sangre viva. Ya el poeta ha muerto
en mí. Queda el rebelde, sin legiones,
arengando una turba de visiones
en las zonas ardientes del desierto.

Pasa, mujer histérica;
laurel podrido, pasa.
Ya sólo estoy en casa
para el que traiga faz colérica,
puño de hierro y voz aterradora:
Ese es mi hermano en el dolor, mi hermano
que viene huyendo del tumulto humano
hacia la luz de la sangrienta aurora!...

Año Nuevo

Válvula abierta. Corazón.
Un viento frío y vagabundo.
Din din, din don,
alborozo de todas las campanas del mundo.

Camastros sucios, miserables.
Silencio en la celda. Desvelo.
Sobre esas vidas lamentables
ríen a coro la Tierra y el Cielo.

Prisioneros cerrados a piedra
y lodo, como larvas!
No hay que olvidar que Judas medra
y los apóstoles se mascan las barbas.
Tregua al recuerdo familiar
que se filtra en el alma porosa!
Los perseguidos no saben llorar.
Mostrad el puño a la sombra que acosa.

Por vuestros hogares en llanto
responded, al hablar el cañón,
con el hurra, el hosanna y el canto
que encienden el labio al bribón.

Y brindad agua negra del caño
por la Injusticia universal,
por la traición, por el engaño,
por el Anticristo social...

Valmore Rodríguez

Castillo de San Carlos, 1930.

pone a Gabriel Alomar, que es todo eso y mucho más.

Roberto Castrovido

Quiero hacer un breve alto en el relato de las impresiones de mi viaje a Rusia para asistir a un movimiento de opinión iniciado en España y que cumple un deber de gratitud nacional. Me refiero a la idea puesta en marcha de un homenaje al gran Gabriel Alomar.

Grande hombre verdadero. El demuestra cómo se puede señalar ingente una figura sin la concurrencia personal y asidua a las tertulias cortesanas. Yo, que soy el madrileño a quien su amor a Madrid no estorba el gusto de andar por el mundo, y aborresco los localismos, veo con cordialidad y entusiasmo, la misma entusiasta cordialidad y admiración fervorosa a que me mueve la personalidad de Alomar, esta exaltación necesaria de ese magno español.

Soy de los pocos que, por ese afán antes señalado de no anquilosarme en la calle de Alcalá, he visitado múltiples veces en su isla dorada al excelso poeta. Con tal nombre de divina estirpe dejo ya hecha la cifra y síntesis de la compleja figura de Alomar. Es un polígrafo. Por hoy, el último de uno serie de los grandes polígrafos españoles que hasta donde le fué posible cronológicamente estudió Menéndez Pelayo. Y es él en el día quien puede ser considerado como sucesor de don Marcelino, en la vastísima cultura y en el altísimo sentido estético y crítico.

Pero, sobre todo, Alomar, libre de prejuicios y de pesadumbre tradicional, es el guía que conduce a las inteligencias y que alumbra a las generaciones en la amplia senda del mañana. Gran ciudádano y gran civilizado y civilizador, todo lo que significa en su clara etimología, civis, ciudad, labora sin descanso por limpiar el campo social de roña y podredumbre.

El ha dicho con acierto supremo que no se debe hablar de patrias, sino de filias. Asi enseña, combatiendo tantos fetichismos, que si el pasado merece nuestros respetos, cuando los merece, es al porvenir al que debemos nuestra efusión, nuestro cariño y cuidado. Solitario en Mallorca, él es, en verdad, el faro, la antorcha, la hoguera inflamada que irradía su luz espiritual a las más dilatadas distancias.

Ya se ha propuesto entre las fórmulas en que debe plasmar el homenaje a Alomar la edición selecta de sus obras. Sea ésa, desde luego, la primera manifestación del tributo que se le debe, aunque es ardua tarea la de marcar una selección donde todo ha surgido ya acrisolado y escogido.

La Libertad, que ha tenido el honor de iniciar el homenaje, al que se ha sumado prestamente la flor de la intelectualidad española, cree que debe ir más allá ese movimiento y cuajar en otra forma definitiva. Debe hacerse en Mallorca un monumento al pensamiento libre, personificado en Gabriel Alomar. Sabemos de grandes artistas nuevos e idealistas, no los profesionales de oficiales concursos, que se disputarán la satisfacción de poner su inspiración y sus manos al servicio de esa obra.

¿Lugar de emplazamiento? Sobrada está de ellos, y a cual más hermosos, la isla privilegiada por la Natuualeza. Pero hay uno que es el más indicado para ello. Es en el bosque de Bellver, donde antaño ardió el bracero inquisitorial y hubo de acontecer el auto de fe relatado por Alomar en uno de sus últimos y más admirables artículos. Es, por otra parte, el bosque del castillo que recuerda a dos víctimas ilustres de la tiranía: Jovellanos, reducido a prisión, y Lacy, fusilado por las armas del absolutismo.

He ahí la propuesta con que aspiramos a acrecer el homenaje a Gabriel Alomar. Monumento en quien se simbolicen los cultos cardinales de ese hombre ejemplar: La Justicia, la Verdad, el Bien, la Belleza.

Pedro de Répide

Sobre una circular de The Nation

Repertorio Americano ha recibido una carta circular del semanario *The Nation* de Nueva York, suscrita por su director actual (en ausencia de Mr. Oswald Garrison Villard), Mr. Henry Raymond Mussey, y dirigida a los lectores, críticos y amigos de *The Nation*.

Explica Mr. Mussey que en el curso de este invierno "millones de seres humanos (en los Estados Unidos) sufrirán privaciones tan duras como las que asocia el pensamiento con la guerra. De estos millones", sigue diciendo, "millares serán individuos que en épocas normales son suscritores de *The Nation*. Obligados por circunstancias que no revelarán, perderán contacto con el semanario, hasta que favorables cambios de fortuna permitan que esos lazos se restablezcan". Mientras tanto, dice Mr. Mussey, "la activa buena voluntad de sus lectores se hace necesaria si *The Nation* ha de seguir ejerciendo la influencia que ejerce, o si siquiera ha de sobrevivir".

The Nation fue fundada en 1865, el año en que Lincoln fue asesinado. Desde entonces se ha esforzado por ser, dentro del periodismo norteamericano, el más tesonero paladín de las causas nobles. Colaboradores muy estimables de *Repertorio Americano* en varias ocasiones han señalado con gran franqueza delincuencias de *The Nation* a este respecto. Después de haber explotado la causa de Sandino con agudeza periodística (envió a Carlton Beals a entrevistar al héroe nicaragüense en sus montañas), *The Nation* ha dejado esa causa en lamentable abandono que ojalá prontamente rectifique. A pesar de tan importantes flaquezas de espíritu, en nada como en esa revista ha perdurado en su país el ánimo generoso y valiente, ecuánime y decidido, del gran Libertador de los Esclavos.

La crisis económica que tan profundamente ha afectado a los Estados Unidos, poniendo en duda la prosperidad de que han venido jactándose sus dirigentes políticos, ha colocado a *The Nation* en situación precaria. Peligra no sólo su influencia sino que su existencia misma.

The Nation no debe morir, ni su influencia debe menguar. Esa influencia suya la ha hecho en ocasiones determinadas la revista más simpática del continente. Por eso sus súbitas frialdades han causado profundísima extrañeza. *The Nation* debe volver a ser, dentro del periodismo de los Estados Unidos, "el mejor amigo de los pueblos latinoamericanos". Y ahora que está en dificultades, nada más justo que alguna ayuda reciba de nosotros. *Repertorio Americano* recomienda encarecidamente a sus amigos que leen inglés y que puedan hacer ese desembolso, que se suscriban a *The Nation*. La suscripción anual es de $ 6 (seis dólares). Su dirección es 20 Vesey Street, Nueva York, Estados Unidos.

Estampas

= *Colaboración directa* =

Hacia una educación económica. Los expertos

En un artículo que puede traducirse *La tragicomedia de los ciclos de los negocios*, André Maurois da al ciudadano común («the man in the street», lo llaman los técnicos de las finanzas que escriben en inglés), el punto de vista del novelista referente a la crisis actual del mundo. Los economistas, en su afán de explicar esa crisis a los de su casta, han hecho de las estadísticas el punto central de sus estudios. Maurois cree que esa tarea es puramente externa, porque se olvida del hombre, «el factor más importante en los negocios humanos.» Toda crisis financiera o industrial, comenta, es, sobre todo, un fenómeno psicológico y una neurosis colectiva.

Como tipo de ciudadano común («man in the street»), el punto de vista del novelista, sin estadísticas, sin gráficas, sin el usual lenguaje plagado de términos incomprensibles, nos ha movido a la reflexión. En realidad, es la explicación clara de lo que está ocurriendo en el mundo. La penetración en esos problemas de una mente libre de las limitaciones profundas del hombre de negocios, da una visión justa y absolutamente ceñida a la realidad. No hay fantaseos. Lo que el experto presenta escueto, sin relaciones, el novelista, el psicólogo lo da en todo momento como un problema social. Y grande y profundo problema social es este de la crisis mundial. ¿Por qué Maurois lo estudia como tragedia en la que el último acto no representa la tierra agrietada ávida de tragarse a la raza humana? Es tragicomedia, porque todos estos tremendos sucesos son obra del hombre, no precisamente obra de exterminio, sino de adiestramiento, de aparición de nuevas facultades que le den mejor visión. Maurois quiere que todos los hombres pensemos en la necesidad de una educación económica, es decir, de una educación que nos prepare

para seguir los problemas de la economía del mundo con un saber claro de que son obra nuestra y como tal, sujetos al curso natural de nuestras vidas. «Pero, sobre todo—comenta—debemos ampliar la educación económica. Debe comprender el público que las crisis son periódicas y que hasta el presente, el fin les ha llegado bastante ligero.»

Con la buena educación económica que anhela Maurois para los pueblos, tendrían menos ocasión de profetizar los expertos. Confiarían menos en que su economía fuera del manejo exclusivo de esos privilegiados. Y serían a la vez más ágiles en el exterminio de las causas que los pre[illegible]n a estas catástrofes. Las industrias, las finanzas, son el centro del torbellino que sume al mundo en esta crisis terrible. Pues esas industrias y esas finanzas crecieron y se multiplicaron, como siguiendo la orden bíblica, por la inspiración de los expertos. Para esta casta lo importante era infundir un soplo de prosperidad, deslumbrar a los hombres con sus poderes creadores. Y los hombres se sumieron en el resplandor que veían como luz auroral. Los expertos dominaron, se apoderaron de la ignorancia humana, de la superstición, para ser los amos del mundo inmensamente próspero.

Pero toda esa obra precipitada de los expertos no sería posible si los pueblos pudieran contenerla por medio del sentido económico que les diera la educación. No podrían ya los expertos hacerse reverenciar como si fueran magos. En ellos no sería posible ver otras capacidades que las del hombre unilateralizado, especializado y en último término, rutinizado. Porque en esto degeneran todas esas mentes que se arrogan el conocimiento común de los pueblos. La rutina sustituye a todo poder creador. En verdad, ellos no pueden crear. Son otras mentes las que encuentran la veta de la originalidad. Son las mentes de los estadistas, es decir, de los hombres que tienen la visión total de un país, que no se unilateralizan, que no se limitan, que trabajan para una posteridad cierta y durable. El estadista sí crea. Cuando un país lo tiene, no da pasos vacilantes. Lo terrible para toda nación es que el experto quiera ser considerado como estadista. La mata, porque le pudre su economía, su educación, todo lo que hace de ella unidad robusta. El experto se hace en los libros, en los negocios, en las tertulias. De esos esmeriles sale reluciente. En cambio, el estadista es él mismo su fuente de inspiraciones. Del espíritu le brota una patria. El experto podrá trabajar en su pulimento, pero es simplemente un obrero que nada puede transformar. El mal grande es cuando olvida su condición de subordinado a un plan creador.

Se le mira, en aquellos pueblos que carecen de educación económica en particular, y de educación en general, levantando instituciones económicas, instituciones educacionales, sin encontrarles un arraigo profundo en el plan de desarrollo armónico de un país. El afán es deslumbrar a los hombres, imponerlos de sus capacidades para producir prosperidad. Y es mal grande este, porque toda institución que se crea nace de la entraña misma de un país. De allí se alimenta, con lo cual va comprometiendo la existencia de ese país. Los días prueban que nació sin derecho, por la falta de visión del experto, y entonces el país siente hipotecada, enajenada su vida independiente. Una crisis como la que deshace lo artificial del mundo en que vivimos, es el sepulcro de todos aquellos engañosos progresos que le echan encima a un país los expertos con sus instituciones fofas. Pronto las sume en la ruina y con ella viene la pérdida de tantas seguridades de la independencia de una patria.

El experto sirve, pero subordinado; nunca amo como el estadista. Desgracia infinita es que el experto es la plaga de los pueblos. Por él la subordinación, la factoría, la colonia.

Juan del Camino

Cartago y enero del 31.

Gabriel Alomar...

(Viene de la página 25)

doraba la púdica tela azul que como estameña pretendía ocultarnos «nuestros ticianos», nuestras honorables sirenas burguesas. Alomar adora su tierra y no se le escapa un solo reflejo del sol en las nubes, en el mar, en la deliciosa curva de la bahía, que llega hasta al otro lado de Porto Pi. Es preciso saber lo que vale esa línea entre mar y cielo, centrada por dos arcos de triunfo llameantes: la Catedral, la Lonja; y dibujada, a un lado con el realce del castillo de Bellver, entre pinares, y a otro, con los blancos arabescos manchegos del Molinar, para darse cuenta del influjo que ejerce en el alma de un poeta. La bahía de Palma, con su tono encendido, naranja de oro, basta para amarrar la ternura de un hombre de bien. Pero si este hombre desea, ante todo, paz, libertad de quietud en la vida diaria como único medio de lograr libertad de movimiento en la vida espiritual, se acabará de comprender cómo ha organizado su existencia, a la defensiva, y cómo se atiene a ella, aunque su destino acaso fuera otro más agitado y más brillante.

Esa felicidad se paga, querido Alomar. La quietud es dulce. Buena tienda de campaña el retiro para quien sabe dónde está la verdadera lucha y va a buscarla donde sea menester. Pero unas cosas se obtienen a cambio de otras. Sonando siempre desde Mallorca, la voz llega a parecer impersonal. Interesándose en todo, día por día, manteniéndose alerta, pensando muchas veces por los demás, adelantándose, sintiendo con más fina sensibilidad lo que el pueblo debería sentir; cumpliendo, en suma, el deber de una «conciencia vigilante», ocurre, fatalmente, lo contrario de lo que debería ocurrir. Al pueblo no le basta la voz. Quiere tener el hombre. Quiere verlo, saber de él. Grandes ejemplos pondríamos de ausencia inverosímilmente olvidadas. Y grandes razoneo podríamos encontrar para explicarnos tales olvidos. Alomar, en Palma, es algo más que un catedrático del Instituto. En España es algo más que una voz. Sin embargo, ni en su ciudad ni en su patria llega a ser plenamente lo que en realidad es. Falta la acción de presencia. Falta el género de acción, que aquí es indispensable para que a un hombre de pensamiento lo tengamos presente.

Por eso está bien la idea del homenaje, al que hemos de asociarnos con entusiasmo todos los escritores que vemos en Gabriel Alomar uno de los más altos ejemplos de nuestras letras y de nuestro tiempo. He propuesto en otro lugar como medio de dar forma a la manifestación de gratitud pública, aparte de la edición de sus obras, la publicación de un libro de labor colectiva, como se hizo con Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal. Libro de estudio y de laboratorio, que en honra de Alomar podría dedicarse a su tema predilecto: *Teoría, práctica y método de la libertad*. Contribución al estudio de las enfermedades de la libertad. Y si hubiera otro homenaje mejor, más adecuado y más digno, contribuiría a ello en la medida de mis fuerzas. A todos nos complace pensar que el puro nombre de este escritor demócrata ha de unir a muchos españoles de toda España, acaso con adhesión más extensa que la de ningún otro. Yo creo que éste será el primer efecto del homenaje a Alomar, y que sólo ello bastaría para felicitarnos de que haya llegado esta hora de justicia.

Luis Bello

Un Congreso de filántropos

(Cuento para niños)

Había una vez un pobre pescador, que pescaba, y pescaba, y pescaba todo el día, sin sacar más que un puñado de algas.

—Ay de mí!—exclamaba—¿qué me irá a suceder? Nada tengo para llevar al mercado mañana, ni un céntimo para la casa! Si entro con mi canasta vacía, mi mujer me dará en la cabeza con la sartén o tal vez hasta con el caldero grande. Y se puso a sollozar tan fuerte que los peces lo oían de lejos, debajo del agua, y sus corazones sensibles se conmovían.

—¿Nadie se sacrificará?, preguntó el salmón poseído de entusiasmo; la causa es bella!

Y convocó para un mitin de peces—cada especie debía enviar un representante—a fin de discutir el asunto y ver lo que había de hacerse. Formaron un círculo, y el salmón que presidía, habló primero. Contó la triste situación del pescador (que ya todos conocían) y no hubo un solo corazón de pez que no palpitara de simpatía.

—¿Quien de nosotros se sacrificará? continuó el salmón. Yo debía ser quien

os predicara con el ejemplo, y con todo gusto lo haría, si no fuese por mi mujer y mis cincuenta mil hijos de quienes soy el protector único; y su hermosa cara apareció bañada en lágrimas cuando repitió:—*¿Nadie* responderá a mi llamado?

Silencio absoluto. Sin duda los peces estaban tan emocionados que no podían pronunciar ni una palabra. Habló por fin el sollo: «Al instante me sacrificaría dijo, si eso sirviera de algo. Pero yo solo no sería vendible. Los peces de mi clase no se presentan más que en parejas, y aunque yo no vacilaría en renunciar a mi propia vida por una causa tan bella, no me atrevería a mezclar en este sacrificio a uno de mis hermanos».

—¿Tal vez la platija?—propuso el presidente.

Y la platija, manchada de amarillo, repuso con una voz humilde y tierna:

—Ay de mí! Los sollozos del honrado pescador me parten el alma, pero qué podría hacer yo? Ninguna generosidad habría en ofrecer como regalo esto que no tiene valor y el precio que por mí dan en el mercado es tan bajo que ni el pescador ni su mujer, si me llevaran, se recompensarían de las fatigas. El rodaballo, por ejemplo, sí que sería un tesoro en este caso!

—Muy bien dicho! dijo el presidente.

—Yo se que me atribuyen un gran valor—dijo el rodaballo dulcemente.—Pero, *nobleza obliga*, uno tiene responsabilidades; nuestra vida no es de nosotros mismos; no se puede disponer de la vida por la sola voluntad.

—Es posible que nuestra amiga la anguila...—insinuó el presidente.

—Para mí, dijo con rapidez la anguila, nada me sería más agradable que dejarme arrebatar por mis sentimientos altruistas; pero hay que desconfiar de la premura. Todos vosotros conocéis el lema de nuestra familia: *Más largo y aún más largo*. Cuanto más avance en edad, tanto más holgura tengo para formarme un juicio definitivo, y temo mucho que antes de que haya estudiado este asunto en todas sus fases, el pobre hombre se haya vuelto para su casa.

—Yo no pediría mucho tiempo para decidirme,—esclamó una sentimental anchoa de Noruega— si sólo fuese un poquito más grande. Qué me importaría el sacrificio de mi vida libre y dichosa en el mar, si dejándome freir y servir en un plato, contribuyera a la felicidad de un ser humano! Pero una anchoa sirve acaso para algo? Ah! si yo fuera el bacalao...

El bacalao se apresuró a responder, con vez muy apenada:

—Mi corazón desborda piedad por el pobre pescador, pero no he nacido para ayudarle. He sido creado para un destino aún más interesante. No tengo derecho de desperdiciar mis cualidades particulares. Represento tanta salud, tanta vitalidad humana! Si obedeciera al impulso de generosidad que me empuja hacia ese pescador ignorante, sería vendido y comido como cualquier otro pez, y lo que había nacido para reconstruir la vida de miles de personas que sufren se perdería por la vida de una sola!

Comenzaba el presidente a desesperar. Se dirigió a la langosta.

—Me ofrecería con gusto, dijo aquélla, pero esto sé bien: no sería más que una bondad falsa. El pobre hombre y su mujer jamás me llevarían al mercado. No resistirían a la tentación de comerme en la cena de esta misma noche. Mañana ambos amanecerían indigestos. Enseguida, a pagar médico y recetas, y ambos irían a parar al hospital, tal vez a la cárcel... Cuando se quiere hacer la caridad hay que tener en cuenta tanto el porvenir como el presente. Bien podría aliviar a ese pobre hombre por el momento, pero esto no sería más que para arrastrarlo después a su pérdida; jamas me perdonaría yo esto.

—Precisamente, son esos mis propios sentimientos—dijo el cangrejo—sólo qus yo jamás podría expresarlos con tanta claridad como mi noble amiga.

Largo silencio antes de que el presidente de nuevo tomara la palabra.

—Es preciso admitir, dijo éste, que el punto que vamos a estudiar es de naturaleza compleja y delicada. La situación del pobre pescador a cada instante se pone más crítica. Puesto que ninguno de estos señores puede sacrificarse, ¿qué

Sandino

A *Haya de la Torre*

Sandino:
Capitán del Nuevo Tiempo,
te saludo,
el corazón grumete encaramado
en el palo mayor de mi vida.
(Se quitan cielo y tierra su gorra marinera).

Has venido con tu carabina,
—el pañuelo rojo de tu vida al cuello—
en el minuto en que Sylock venía
por su libra de carne
del corazón de América, la Madre.

Tu grito ha hecho un impacto
en la chistera azul
en que lloran estrellas como monedas de gitano
o las perdices que cazó Roosevelt,

Sandino! Bolívar! Cuautemoc!
grita mi grita
como mis dos manos infinitas
como un clarín en la garganta de mi vida.

Tu vida es la piedra de David,
tu honda tiene el calor de veinte patrias,
pero Goliat es fuerte,
Capitán,
entretiene con dólares el hambre de la muerte.

Eres un Enviado de Dios.
del dios aquel que no encontró Darío
en la covacha prestamista de Uncle-Sam.

Uncle-Sam trae una urraca,
en vez de una águila en el puño.
—hay que tener estrellas de repuesto!—
y viene calculando en dólares gusanos:
por ejemplo: ¿7 kilómetros de tumbas
a cuantos dólares el muerto?

El Diablo y Dios,
siempre un Sandino y Sylock,
combaten desde la hora de Abel
para encender una alborada
con cada chispa de la espada:
el corazón del hombre es el campo de batalla.

Si pierdes, Capitán,
Sylock se llevará tu corazón en la cartera
y cada corazón americano
es carne de la carne del corazón de nuestra América.

Apunta bien, mi Capitán,
no pierdas en el viento la bala de tu vida.
Afirme bien el pulso tu esperanza,
con el codo en América y el mentón en tu *Siempre:*
el alba saldrá de la mira de tu carabina.
(Libertad es la chispa que incuba tu pupila).

Si das en blanco
—o en azul porque es azul esta ironía
de llevar cien estrellas encendidas
en la usurera levita de Uncle-Sam—
huirán los Tiranuelos prestamistas
que están vendiendo Patrias a Sylock.
Para éstos sólo el vientre es el único Dios.

Sylock mismo se irá a su rascacielo
el rascacielo tiene la pata en el infierno—
con sus 40 Ali-Babás contrabandistas de 100 patrias
a ver cómo destila oro nuevo
el corazón crucificado en cada centavo de millón.

Alberto Guillén

(Envío del autor)

1929.

hemos de hacer? Nadie es capaz de sugerir alguna cosa, algún medio?

Pero nadie indicó un camino: no hacían otra cosa que suspirar y sacudir la cabeza.

—Pues bien—dijo entonces la anguila—ya que mi presencia de nada sirve, me voy a retirar. Mis agradecimientos cordiales se los debo al señor Presidente y una vez más digo que siento muchísimo las circunstancias que me impiden entregarme a una obra tan interesante. Puedo asegurar a cualquiera de Uds. que jamás se arrepentiría si se consagrara a tan noble causa!

—Muy bien! dijeron todos los peces en coro, pero nadie quiso ofrecerse como víctima.

Y ahora todos hablaban a la vez, agradeciéndole al Sr. Presidente y felicitándose de un mitin tan interesante, entusiasta y unánime, cuando derrepente asomaron en la arena dos ojos negros y maliciosos, con largas pestañas. Era la cabeza de un camaroncito que se asomaba, a tiempo que una vocesita bien timbrada dijó algo así como: *Montón de farsantes!* Y, desapareció la cabeza en la arena.

Como es natural, nadie le hizo caso a una criatura tan insignificante y los peces continuaron con sus agradecimientos y felicitaciones mutuas, se despidieron y entraron a sus casas respectivas.

El pescador no oyó una palabra de lo que pasaba dentro del agua. Regresó muy triste, con la canasta vacía. No sabría deciros cómo lo recibió su mujer, cuando ambos se juntaron aquella noche a la hora de la comida!

Beata Francis

(*Good words for the youngs*, 1871. London.)

La moral de la carretera

=*Envío del autor*=

Los escritores públicos de nuestra América no se han detenido a reflexionar en las consecuencias de todo orden que trae anexas la política de las carreteras. Casi sin discutirlo, todos han puesto su autoridad y su entusiasmo al servicio de estos caminos, haciendo cada vez más lento el avance de los ferrocarriles, y aún más secundaria su importancia. Las carreteras han tenido en su favor una fuerza que antes nunca se conoció, y que hoy es suficiente para mover y remover todos los obstáculos: esta fuerza es la propaganda de las casas constructoras de automóviles. El ferrocarril es una idea que no tiene en su favor esa multitud de resortes que para toda suerte de reacciones psicológicas mueven los empresarios de la propaganda automoviliaria. El caso es complejo. Cuando un país mal informado, como ocurre en la mayor parte de los nuestros, tiene que decidirse entre carreteras o ferrocarriles, al trazar ciertas líneas básicas en su red de comunicaciones, surgen de todas partes, como por arte de encantamiento, estadísticas de costo, de conservación, de viabilidad, todas en favor de las carreteras. Es cierto que en todos los países europeos, y en los Estados Unidos, y en las colonias inglesas, y en Rusia, la base del sistema la dan los ferrocarriles, y que las carreteras no hacen sino alimentar y servir estas líneas troncales: pero ya entre nosotros empiezan a presentarse casos muy señalados que tienden a asegurar la primacía del automóvil. Sobre este tema nos permitimos invitar a los escritores públicos para un cuarto de hora de meditación.

La tesis es la siguiente: El camino de la democracia no es la carretera, sino el ferrocarril. Ponemos a un lado el problema económico de la vía: sobre esta materia la opinión saxoamericana afirma que en los trayectos largos el ferrocarril resulta más barato y que en trayectos cortos, de menos de treinta millas, es el automóvil el medio ideal de transporte, con lo cual se justifica la carretera secundaria, auxiliar. Pero no tratamos ahora de estudiar el aspecto económico de un asunto que corresponde a los técnicos dilucidar. Queremos insistir sobre la repercusión social de los caminos, sobre su contenido moral, sobre su fuerza educativa. Ver cómo el ferrocarril es una fuerza incomparable del Estado, una escuela de trabajo, un instrumento de exploración y de conquista, y cómo el automóvil es un disolvente social.

Dentro de las condiciones normales de nuestras repúblicas, el ferrocarril es el vehículo del pueblo, de la gente de tercera, del campesino que puede llevar a la ciudad la sustancia de su huerta por unos pocos centavos. En todos los ferrocarriles de Colombia la proporción de los pasajeros es como de ochenta de tercera contra veinte de primera, y juzgo que esta proporción sea semejante en todo el sur. Es así como se le dá vida a la riqueza oscura de los estancieros, que es la riqueza más firme del país. El Estado, montado en un ferrocarril, puede poner en marcha todas las ideas de redención agrícola: puede llevar a costo ínfimo todos los elementos que sean precisos para la cultura del campo, puede hacer que circulen por todas las líneas de la república los jugos de la tierra. En el ferrocarril de Antioquia, por ejemplo, desde hace veinte años se permite a los montañeses que lleven consigo hasta cincuenta kilos de mercado: la gracia de un tanto de equipaje libre que se hacía a los pasajeros de primera, se volvió así en favor de los campesinos. Este breve ejemplo de buen sentido señala toda una orientación en la gerencia de los ferrocarriles. Por su parte, el pasajero de primera, debe retribuir en cierto modo, con los tiquetes altos, las ventajas sociales en que se encuentra colocado. El ferrocarril es una máquina social, un gran mecanismo para el bien colectivo, y un rodaje que automáticamente puede transformarse en un caso de emergencia en empresa que, con una sola orden, responda al interés colectivo del momento. Acaba de verse algo de esto cuando bajo la ola de calor hubo que socorrer a los agricultores de los Estados Unidos y movilizar en horas millares de toneladas de trigo de una banda a otra del país para salvar los ganados. El ferrocarril no es un elemento de lujo: es una máquina de trabajo, sin esmaltes, sin modelos, sin modas, como las máquinas que pueden pagar hoy nuestras repúblicas que apenas se forman y bregan por formarse una sólida estructura para crecer y prosperar.

La industria automoviliaria descansa sobre un criterio fundamentalmente distinto. Es una industria que ha buscado todas las derivaciones suntuarias para mover las palancas de la vanidad y de la novelería en su favor. El más amplio desarrollo de la industria automoviliaria está en los cambios de modelos, en la escala de los tipos ascendentes, en la tentación de los salones anuales. Por las curvas emocionantes de las carreteras no se dilatan los tardos ojos de los campesinos, pero sí brillan de placer las pupilas aventureras, las pupilas de los que viven del crédito, de la especulación urbana y de la urgencia de aparentar lo que no tienen. Cuando el hombre incauto de nuestra América,—que ya se vendió hace siglos por cuentas de vidrio y no pudo redimirse sino a costa de su sangre—, cae ahora en el rodaje de los automóviles a crédito, acaba por sacrificar hasta el último centavo de su esfuerzo al cambio de modelo, al paso de una calidad a otra, a ese brinco tentador y traicionero que va de los cuatro cilindros a los seis cilindros. Y todo esto es fatal, es lógico, es indefectible: porque ¿qué resistencia puede oponer un pobre empleado molido de fatigas, ante el poder de unos anuncios que han sido elaborados por maestros de la psicología experimental, por individuos que conocen hasta la más leve reacción que un color, que la forma de una letra, que la tentación de un crédito producen en el organismo humano? Entre las tenazas de la propaganda la débil Eva del siglo lo ha olvidado todo. Todas las potencias de su espíritu, su fortaleza maravillosa, se quiebra entre el marco de níquel y el fondo de esmalte de un Rolls Royce.

Hay que contemplar sinceramente, sin vanidades, dentro del austero cuadro de la reconstrucción social de la República, este aspecto moral de la cuestión. No se trata de que el automóvil sea una máquina admirable o terrible, ni de negar de plano las ventajas de las carreteras: se trata de una subordinación de criterios. De colocar las carreteras en el plano secundario que les corresponde, de no abrir las puertas a una invasión de automóviles, y de que no haya sino un único pensamiento al trazar el mapa de los caminos: el pensamiento es la conveniencia social. Cuando el público se tira a la calle reclamando un camino, muchas veces no sabe si está obrando bajo una sugestión patriótica, o movido por la genialidad de un agente vendedor.

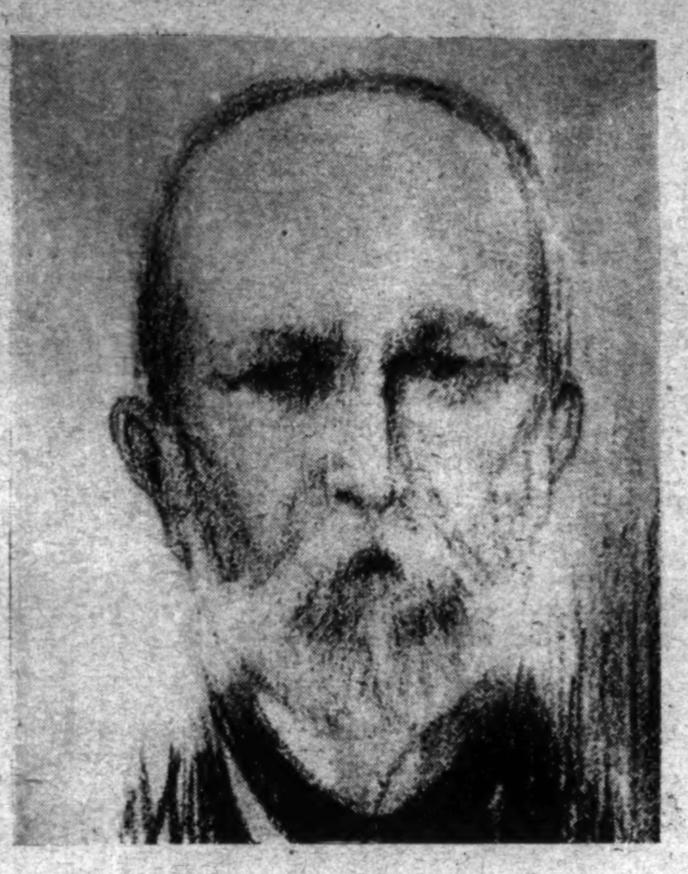
Germán Arciniegas

Londres, 1930.

El sabio de La Plata

=De *Caras y Caretas*, Buenos Aires=

Evoco a un sabio auténtico. Pero este sabio de La Plata — y pido perdón a la leyenda — no era uno de esos sabios que asustan a los niños. También es cierto que no usaba luengas barbas, ni largas uñas, ni era hosco, irascible o insocial. Aquel sabio tenía un rostro franco y limpio, un simpático aspecto, un trato amable. El buen señor era dueño de un pequeño comercio de librería, en la esquina de una calle ancha, arbolada, desierta, alejada del centro de la ciudad. Atendían a los clientes, cuando él estaba ausente u ocupado, una mujer desgreñada y un viejecito pulcro. Junto al despacho—entrando, a mano izquierda,—había una habitación llena de huesos, donde el librero solía trabajar en mangas de camisa. Cuando llegaba alguien, aquel hombre interrumpía sus extrañas tareas—asombro de los niños de una escuela próxima,—poníase un guardapolvo y pasaba al mostrador. A veces, el recién llegado era un alumno del Colegio Nacional que iba en busca de un libro. Conversaban. El estudiante necesitaba datos para desarrollar un tema de ciencias naturales y revolvía obras. El librero tomaba entonces la palabra y hacía una exposición clara y sencilla que dejaba perplejo al jovencito. ¿Cómo sabía esas cosas aquel comerciante? Y el hombre tornaba a su habitación y calábase las gafas para seguir contemplando huesos raros. De pronto, los diarios y las revistas publicaron su retrato con elogiosos artículos. Había sido nombrado director del Museo de Historia Nacional de Buenos Aires. El estudiante A o B reconoció a su amigo y se quedó con la boca abierta: ¡Cómo! ¿Aquel hombre era un sabio? Y volvió con tímida curiosidad a la librería. Pero el sabio lo saludó como siempre y le despachó cinco centavos de plumas... El alto cargo le obligó a viajar diariamente a la Capital Federal. Desde su casa a la estación iba a pie, todas las mañanas. Mas no se crea que iba, como otros sabios, con las narices en el suelo, tropezando con todo el mundo. No; caminaba juvenilmente, con la cabeza erguida, a paso largo, moviendo los brazos como remos y haciendo flotar al aire los faldones de su chaqué. Más de un joven cansábase caminando a su par. Luego, en el tren, hacía tertulia con otros viajeros, entre los cuales figuró a menudo más de un tonto que se consideraba resplandeciente junto al maestro. Pero nada muestra con mayor evidencia la sencillez de aquel sabio y su espíritu de solidaridad, que el siguiente hecho: habiendo aumentado la empresa del ferrocarril el precio de los pasajes, muchos abonados a primera clase resolvieron, en son de protesta, tomar abono a segunda y viajar en los incómodos coches. — Don Florentino Ameghino encabezó la lista...



Florentino Ameghino — Por Rodolfo Franco

Rafael Alberto Arrieta

Carta alusiva

(*Viene de la página 24*)

conciencia, no obligaría a nada *necesariamente* al Ejecutivo.

Pero el Gobierno de los Estados Unidos es un gobierno por la opinión pública. A veces, ¡con demasiada frecuencia! no parece ser así. Esto se debe a dos causas: 1) Que no sobre toda cosa se forma opinión pública; por ignorancia, por flojera, por acosarle otros múltiples problemas (falta de trabajo, asuntos europeos, etc.) el público no le presta atención a muchas cosas importantes; y 2) Que el Gobierno es en gran medida *creador* de opinión. El Ejecutivo norteamericano, como todo Ejecutivo, por mil agencias de que dispone crea opinión primero para después obrar de conformidad con la opinión que ha creado. El Ejecutivo de los Estados Unidos es primordialmente responsable de que se haya formado la idea de que los sandinistas son bandidos. ¡Hasta nicaragüenses hay que han comulgado con semejante rueda de molino! Mr. Kellogg y Mr. Stimson han parecido a veces más que Secretarios de Estado, jefes de oficina de propaganda. Vivo está aún el recuerdo del fracasado esfuerzo vergonzoso que hizo Mr. Olds, Subsecretario de Estado del Presidente Coolidge, por crear la opinión en su país de que México estaba en connivencia con Rusia.

Pero el Senado es también un gran criadero de opinión, y cualquiera de las medidas que puede tomar y que dejo señaladas arriba, puede ser bastante para que cristalice una opinión pública tan fuerte que el Ejecutivo no se atreva a contrariarla.

Por eso hay que apoyar al Senador King. En los Estados Unidos se hace cada vez más de peso la opinión pública latinoamericana. Es conveniente y urgentísimo, por tanto, que en apoyo de King se oiga de manera que se sienta la opinión pública latinoamericana. Aconsejo que en todas partes de nuestra América se junten los de buena voluntad y se dirijan por cable, por radio, por correo aéreo y aún por correo ordinario, al Senador King haciéndole saber que estos pueblos todos están pendientes de su gestión.

Grupos de nicaragüenses en Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua ya se han dirigido al Senador King. Le envío copia del memorial del grupo de Nicaragua, redactado en inglés y traducido literalmente al español.

Le ruego publicarlo.

Me atrevo a rogarle que *Repertorio Americano* exhorte a la Sociedad Bolivariana de Costa Rica a que en este país tome a su cargo, en memoria del Libertador, esta campaña de liberación. No sé de otro grupo que lo pudiera hacer tan eficazmente. ¡Que el Senado norteamericano se inunde de actas que le dirijan nuestros pueblos!

Con invariable afecto lo abraza su amigo,

Salomón de la Selva

San José, a 5 de enero de 1931.

Postdata.—La dirección del Senador William H. King es Senate Office Building, Washington, D. C.

La estimación extranjera

México, D. F. Noviembre 26 de 1930.

Señor don
Rogelio Sotela,
San José, Costa Rica.

Mi bondadoso amigo:

Recibí la felicitación que se ha servido usted enviarme por los sonetos míos publicados en el **Repertorio Americano**, gracias a la atención siempre vigilante de nuestro García Monge. Me regocija que hayan merecido las congratulaciones de usted. Desde nuestro viaje a Lima le recuerdo siempre como a uno de los poetas y pensadores que más me han conmovido; por esto es justo que al homenaje que recibo conteste con la efusión de mi sentimiento.

De fijo que usted tendrá uno de los primeros ejemplares de **Crisopeya**, así como otro, de los primeros también, del libro **Políptico de los días del mar**, que también pronto verá la luz en las prensas de México.

Creo que la obra humana se realiza por todos y entre todos, y que la sola clasificación de los esfuerzos poéticos, en la tabla de valores contemporáneos, es ésta: los versos que conmueven y los versos que enfadan. ¡Dios le pague a usted el juicio que sobre los míos ha establecido, clasificándolos en la primera de las categorías!...

Espero conocer sus nuevas producciones y lo saludo en nombre de aquella buena hada del Ariosto, Oriana, que nos llevó juntos, en feliz e inolvidable travesía, a las hospitalarias playas del Perú.

ANTONIO CASO

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica